

SAMURÁI

UN ANÁLISIS LITERARIO

ADAMASTOR VAZ

A lo largo de su historia en la Edad Moderna, pero sobre todo a partir de la Era Meiji (1868-1912), el Japón se definió en relación con las naciones de Occidente, aunque esa definición oscila a menudo entre polos opuestos: curiosidad y orgullo aislacionista, colaboracionismo y conflicto, asimilación y rechazo. Hasta los días de hoy, sin embargo, esta relación persiste: la pequeña tierra del sol naciente intriga a la mente occidental por su singularidad como civilización al compararse con Occidente, ya sea por las insinuaciones de que el propio Japón pudiera ser un país occidental (en sentido positivo o negativo), ya sea por la negación, desde uno y otro lado, de una correlación más íntima, en virtud de la autenticidad *sui generis* que caracteriza al japonés incluso frente a los demás asiáticos.

Sin embargo, estas cuestiones no solo intrigaron a la intelectualidad de Occidente. Shusaku Endo (1923-1996), el primer japonés en viajar formalmente a Europa en el posguerra, impregnó una parte relevante de su producción literaria con todos estos conflictos, que se manifestaron tanto exterior como interiormente en la civilización y en el alma japonesas. Pero no fue solo su viaje por Europa lo que le dotó de la autoridad para hablar sobre el asunto. Siendo, al mismo tiempo, japonés y católico

romano, su propia vida fue marcada por la tensión entre una religión universal y su identidad profundamente nipona.

Su obra más conocida y premiada, *Silencio* (1966), adaptada homónimamente al cine en 2016 por Martin Scorsese, versa precisamente sobre el drama enfrentado por los misioneros ibéricos al penetrar en un Japón ya aislacionista del período Edo (1603-1868), cuya confesionalidad budista obligaba a la persecución de los cristianos, ilustrando este choque de cosmovisiones bajo ópticas políticas, antropológicas, sociales e incluso teológicas. Forzado a elegir entre el martirio y la apostasía, el misionero jesuita portugués Sebastião Rodrigues (inspirado en el italiano Giuseppe Chiara) emprende un camino que consiste en descubrir cómo ha de vivir el cristianismo —y adaptarse— para preservarse en aquel archipiélago hostil.

Sin embargo, a pesar de ser el libro más famoso de Endo, posee otro que no solo abandona el cliché del «white guy in Japan» tan común en los medios, sino que también invierte esta dinámica. Su libro *Samurai* (1980), que escribió ya mucho más maduro, describe, basándose en hechos reales, el viaje de un japonés por el Occidente católico: no solo por la Europa occidental, sino también por la América española, entonces naciente extensión de la civilización occidental, aunque representada en el libro con explícita originalidad. Mientras *Silencio* retrata a misioneros ibéricos en su afán evangelizador hacia el Japón —el mundo intentando imponerse al Japón—, *Samurai* retrata a emisarios budistas japoneses que viajan por los dominios ibéricos con el fin de insertarse en ese mismo mundo.

A pesar de esta inversión, el conflicto permanece el mismo: la tensión entre la expansión ibérica y su catolicismo universalizante y la altivez orgullosa de los japoneses, cuyo propio ser cuestiona y no comprende el cristianismo, pero que, aun cuando llega a aceptarlo, lo acepta a su propia manera: una manera japonesa. Con su narrativa fluida y vocabulario de fácil acceso, Endo nos lleva, a lo largo de unos diez capítulos, en un viaje repleto de metáforas y paralelismos simbólicos – característicos del estilo de

escritura del autor por la jornada que oscila entre los puntos de vista del Samurai Hasekura Rokuemon y del misionero franciscano español Fray Luís Velasco, con ambos partiendo de Japón hacia la Nueva España (actual México) y, después, hacia España y Roma.

La historia se basa en el viaje real del samurái Hasekura Rokuemon Tsunenaga, famoso kirishitan japonés que en efecto recorrió ese mismo trayecto y estableció una embajada de Japón en los países católicos; Velasco, por su parte, es la versión que el autor hace del misionero franciscano Luís Sotelo, natural de Sevilla. Históricamente, Endo fue muy cuidadoso al investigar los detalles del viaje y al agregar dramatizaciones no solo como recurso literario, sino también con toques de su propia experiencia personal en el mar y en Europa. El presente análisis será respecto a todos los diez capítulos, siempre con la intención de ser lo más fiel y detallado posible.

SAMURÁI

El inicio del libro se da durante el invierno y en las tierras improductivas del samurái Hasekura Rokuemon. Allí, él vive una vida apacible y, a pesar de formalmente ser un noble, no es muy diferente de los campesinos que le sirven. Sus tierras son un pantano, una marisma, un paraje muy común en Japón que, como en Silencio, es muy utilizada como imagen para representar al propio país. Sin embargo, incluso sus tierras no son las tierras de sus ancestros: a pesar de haber seguido el honor japonés al pie de la letra, el clan Hasekura había sido transferido de tierras fértiles en Kurokawa para ser obligados a ocupar tal pantano improductivo.

Así, el tío de Hasekura lamenta la situación de la familia y recuerda tiempos mejores, cuando los señores feudales apreciaban a los samuráis por su importancia en las guerras. Ahora, sin embargo, así como en su hogar, el invierno también había llegado para los samuráis con el advenimiento del Shogunato Tokugawa.

En este libro, Hasekura será el protagonista japonés (parte ausente de perspectiva propia en *Silencio*), cuyos pensamientos y acciones darán a los lectores la perspectiva directa de Japón.

Ya el protagonista occidental, o mejor, ibérico y representante no solo de Occidente, sino también de la Cristiandad, el padre Velasco, por ser un padre franciscano, tendrá una visión bien diferente de la postura de los jesuitas, orden a la cual pertenecían los padres de *Silencio*. El propio Endo simboliza las dos órdenes respectivamente como la «Compañía de Pablo» y la «Compañía de Pedro», en razón de la posición eminentemente más misionera-evangelizadora de los franciscanos y en contraste con los medios más político-institucionales de los jesuitas.

El padre Velasco, un hombre alto, de alrededor de 40 años y de estirpe aristocrática – descendiente de conquistadores, pariente de gobernadores y miembros del alto clero – es un crítico contumaz de la política de la Compañía de Jesús en Japón, alegando que el hecho de que ellos hubieran cobrado impuestos durante su jurisdicción en Nagasaki fuera interpretado por los japoneses como un intento de colonización. Pero él tiene la «solución» que es más que todo alineada con la ambición que profundamente caracteriza a este personaje: la de convertirse en el obispo de Japón y, diferentemente de los jesuitas, adoptar métodos más «diplomáticos» para convertir al país.

Por medio de los diarios y memorias de Velasco, descubrimos que es el personaje más psicológica y emocionalmente desarrollado de la historia: él oscila fuertemente entre su orgullo aristocrático y su devoción sacerdotal; y la relación entre su fortísima personalidad y la forma como ve tanto su religión como el mundo es lo que definirá toda su jornada pero no antes de dedicar todo su ser, de todas las maneras posibles, no solo por lo que busca y cree, sino también por Japón. Velasco aparece primero en la novela actuando como un intérprete en Edo (el antiguo nombre de Tokio), siendo esa la única razón por la que el Shogun aún dejaba misioneros católicos quedarse en Japón: la de servir como

facilitadores del comercio con las naciones ibéricas, comercio ese muy codiciado por las élites japonesas.

Sin embargo, el comercio de Japón con la Península Ibérica (ya que están en el período de la Unión Dinástica) dependía del Virreinato de Filipinas y se reducía básicamente a la conexión entre Nagasaki y Manila, que funcionaba como aduana por su ubicación estratégica. Codiciando el comercio directo con las ricas tierras de la Nueva España, el señor de Rikushu, Lord Ishida (o «Su Señoría») en el noreste de Japón, busca construir un puerto que rivalizara con el de Nagasaki y que recibiera galeones que cruzaran el Pacífico directamente desde la Nueva España, sorteando así el monopolio filipino. Además, buscaba usar el conocimiento de marineros españoles náufragos para que los japoneses construyeran un galeón propio y llevaran a esos españoles de vuelta a casa. Que fuera un simple daimio, y no el propio shogun Tokugawa, quien buscaba ese comercio revelaba dos cosas: que Japón no estaba del todo unificado ni centralizado, y que el cristianismo no se castigaba de manera uniforme en el país, sino solo en las tierras personales de los Tokugawa, como forma de contener rebeliones. Los señores de Rikushu todavía permitían el cristianismo en sus tierras, lo que ocasionó un éxodo de cristianos hacia esos lugares tolerantes.

Velasco entonces vio en esta coyuntura político-religiosa y en la codicia japonesa una oportunidad: urdir un acuerdo comercial entre el Rey de España y el daimio Ishida de Rikushu a cambio de la evangelización de Japón. Sin embargo, esta evangelización no sería un retorno al status quo ante. Ya que el Papa había permitido otras órdenes además de la jesuítica ejercer trabajo misionero en el archipiélago, Velasco personalmente garantizaría (incluso si fuera preciso pedir la intervención del propio Papa) que la orden de los frailes menores, la de los franciscanos, fuera recompensada por el acuerdo del comercio con el liderazgo del trabajo evangelizador de Japón, lo que, claramente, venía munido de la intención de él mismo de convertirse en el obispo de aquel país, por más que negara la propia ambición a sí, a los daimios y al propio Dios.

Los japoneses y el occidental negociaban, intercambiando dos cosas que ambos sabían que podían perjudicar a su propio país: el comercio directo con la Nueva España, por parte de los españoles, y la libertad de evangelización, por parte de los japoneses. Los dos intentaban manipular uno al otro para conseguir lo que querían pero, al inicio del libro, aún estaba muy temprano para que el lector descubriera cuál de los dos vencería tal disputa.

Endo recurre entonces a una metáfora cuyo simbolismo es muy claro: un grupo de hormigas que, buscando atravesar un pequeño charco de agua, hacía un puente con sus propios cuerpos para superarlo, incluso si eso exigía el sacrificio de algunas de ellas. Esa sinergia colectiva, en absoluto ajena a Japón, revela que las hormigas son los japoneses empeñados en construir un galeón nacional: el charco es el Océano Pacífico, y la otra orilla que buscan alcanzar, la Nueva España.

Sin embargo, este no es el único paralelo a ser trazado aún en el primer capítulo, si se permite trazar uno más entre la dupla ibérico-japonesa de personajes de *Silencio* y la de los protagonistas de *Samurái*, los cuales son invertidos: mientras el portugués Sebastião Rodrigues era un padre virtuoso y absolutamente cierto de la naturaleza de su fe, el español Velasco tenía un carácter que lo hacía entrar en conflicto (sea disputando o manipulando) con su propia fe; y mientras Kichijiro, japonés completamente opuesto a Hasekura, era indisciplinado y de naturaleza reñida con la fe cristiana, nuestro *Samurái* era un fiel cumplidor de su deber. En ese sentido, aquí los japoneses y los europeos tienen paralelismos cruzados.

Con el consejo de los daimios ancianos decidiendo con la anuencia del Shogun, los japoneses construirán un galeón propio para enviar a los españoles a la Nueva España desde el Noreste del país. Sin embargo, junto con ellos, enviarían cuatro emisarios con cartas para el virrey, para el rey de España y para el Papa, con las propuestas formales de comercio y evangelización con Japón.

Ocurre que, además de Velasco ser el único intérprete de la comitiva, lo que le da un gran poder de negociación y de decisión

(Hasekura es uno de los cuatro emisarios a ser elegido. Uno de los señores feudales de Hasekura, Lord Shiraishi, le dice que lo eligió para que, una vez completada la misión con éxito, les fueran devueltas las antiguas tierras de su familia en Kurokawa) pero ¿sería eso verdad? ¿Por qué, en un viaje presumiblemente de tanta importancia, serían elegidos como emisarios cuatro anspeçadas (uno de los puestos más bajos de la jerarquía samurai) en vez de nobles daimios del consejo? Esta duda no sería instalada solo en Hasekura y en el lector, sino también entre los otros emisarios.

Además de ese hecho, al instruirlo para el viaje, Lord Shiraishi instruye a Hasekura diciendo que él no debe aferrarse a las costumbres japonesas si eso perjudica la misión, ordenándole considerar más las costumbres extranjeras, lo que es algo difícil para un samurái que, más próximo incluso a los campesinos, ni siquiera quería viajar o incluso retornar al pasado, sino solo vivir y morir apaciblemente en sus tierras. Ya Velasco, al llegar a la playa de Ogatsu para embarcar en el galeón, confiesa los pecados de un cristiano japonés que dijo que fue ridiculizado por sus colegas trabajadores por causa de la fe. Velasco ministra el sacramento a él y termina diciendo que «pronto llegará el día en que nadie más se reirá de tu creencia», evento ese que fue mucho más impactante para el padre que para el que se confesaba.

A pesar de ser compasivo con los cristianos de aquella tierra, Velasco subestimaba a sus compañeros de viaje: él mismo se veía como el único capaz de, diplomática y estratégicamente, tener éxito donde los jesuitas fallaron contra los astutos paganos en la evangelización japonesa. A este punto, esas palabras para sí son un enmascaramiento, usando de la fe, de su propia soberbia, pasando a creer que su eventual obispado no sería una ambición personal, sino parte de la propia Providencia divina.

Serían enviados en la misión, también, metalúrgicos, fundidores y marineros para aprender las técnicas españolas (una vez más la táctica japonesa de replicar internamente lo que aprende en el extranjero) además de mercaderes y de los emisarios. Cuando el galeón finalmente es construido, Hasekura lo

interpreta como una gran fortaleza, e interpreta su misión como una nueva batalla que debe enfrentar por su clan, en una patente simbología bélica adaptada a aquellos nuevos tiempos. Cuando zarpan, no era más invierno, sino primavera, representando un nuevo desabrochar para la clase de los samuráis o tal vez para la familia y la vida de Hasekura. Hasekura lleva consigo cuatro sirvientes —su fiel Yozo, Seihachi, Daisuke e Ichisuke—, que, como los cisnes migratorios que siempre aparecían en su pantano, volarían lejos y conocerían otras tierras.

El tercer capítulo de la obra retrata el viaje transpacífico que la comitiva hace para la Nueva España. Accedemos a los pensamientos de Velasco, que ofrece excelentes lecturas de la situación: así como en *Silencio*, la metáfora de Japón como un suelo y la evangelización como una siembra retornan con Velasco diciendo que las semillas no crearon raíces porque los jesuitas no trataron bien el suelo para tal. También analiza a cada uno de los emisarios, que son, como Hasekura, todos samuráis y no aristócratas de mayor prestigio: Matsuki Chusaku es el más inteligente de los cuatro; Nishi Kyusuke es el más joven, animado y curioso; Tanaka Tarozaemon es el más viejo y orgulloso y Hasekura Rokuemon parece más un campesino que un samurái por su lenguaje corporal, decididamente sumiso.

Además de que el padre esté correcto sobre cada uno de ellos, se puede decir que cada uno también representa un aspecto de la personalidad japonesa: Nishi son aquellos deslumbrados por las novedades traídas por Occidente; mientras Matsuki son los que se ven aprensivos de la penetración extranjera en el territorio nacional; Tanaka representa el viejo orgullo aristocrático que se resiste a doblegarse; y Hasekura es el campesinado que todo lo soporta y que carga en silencio con el país entero.

Pero las metáforas no quedan solo entre los japoneses, siendo ellas también extendidas a los españoles ya en el viaje marítimo, Velasco encarna los intereses de la casta sacerdotal, y el capitán y su segundo de a bordo, los de la casta guerrera: el choque entre quienes buscan salvar almas y quienes buscan conquistar tierras y

súbditos. Al capitán y a su segundo no les gustan los japoneses, dicen que ellos son arrogantes y disimulados al ocultar sus verdaderas intenciones.

Cuando Velasco los elogia por su sofisticación pese a ser paganos, los españoles advierten que eso será peligroso y que habría que subyugarlos militarmente antes de convertirlos: es la primera comparación entre indígenas y nipones de la obra. Velasco, en cambio, recuerda que los japoneses, a diferencia de los indios de América y de Filipinas, son ya muy aguerridos y expertos en la guerra, lo que haría imposible una colonización convencional.

La travesía marítima, que dura varios meses, se vuelve sumamente dura para aquellos japoneses que carecían de tal experiencia. Para sobrellevar las dificultades, Hasekura se dice que las adversidades del mar son una batalla que debe vencer, a modo de resignación; pero pronto Matsuki lo confronta con otra batalla, esta vez mental: él señala lo evidente y pregunta por qué ellos, meros soldados, fueron elegidos para tal misión. Para Matsuki, en una misión tan larga y peligrosa, ellos eran desechables: podían morir ahogados o de enfermedad, pues a los ancianos solo les interesaba que los barcos extranjeros llegasen al noreste, no que los emisarios sobrevivieran.

Aún según él, el contexto político de los emisarios es que ellos son parte del grupo de los que están descontentos por haber perdido sus antiguas tierras. Si el viaje tiene éxito, las élites japonesas ganan el comercio que quieren; si no, los samuráis mueren y, en las tierras en que ellos están hoy, las familias de ellos serán desheredadas, con eso sirviendo de aviso para otros lugartenientes descontentos con la actual administración. Aunque esta perspectiva perturba hondamente a Hasekura, no logra dar crédito a Matsuki pese a su lógica, y lo niega con vehemencia. Para él, eligieron a los samuráis porque, por su lealtad y su honor inquebrantables, cumplirían la misión con más diligencia que cualquier burócrata.

Pero la atención cuestionadora de Matsuki no solo hace

víctima a Hasekura, apuntando también a Velasco. Este, sin embargo, ya había planeado cada paso del viaje y cómo condicionaría cada avance de los japoneses según sus expectativas de convertirlos, a fin de aumentar su prestigio ante el clero y la sociedad española, pasos necesarios para conquistar el obispado. Se proponía convertir primero a los mercaderes al llegar a la Nueva España, predicándoles con frecuencia y enseñándoles, junto con clases de español, las enseñanzas cristianas, pero dejando siempre claro que no merecerían confianza alguna en la Nueva España si ellos mismos no eran católicos.

Al evaluar las concepciones japonesas sobre la fe, advierte — porque parecen no comprender, o se muestran decepcionados, sobre todo en lo relativo a la resurrección y al sacrificio de la teología cristiana— que los japoneses son sumamente materialistas y que elegirían cualquier religión que les diera fortuna, bienes materiales, prosperidad, victoria en la guerra y curación de enfermedades. Para Velasco, esa es la manera de convertir a los japoneses: lograr que acepten el bautismo por razones utilitarias, de modo que Dios pueda después entrar en sus vidas y salvar sus almas. Pero es ahí donde intenta entrar Matsuki.

El samurái más inteligente y también el más crítico del cristianismo confronta a Velasco diciéndole que el cristianismo es utilitario tanto para los mercaderes japoneses como para el Consejo de Ancianos, a quienes Velasco manipuló con fines misioneros: solo aceptan el cristianismo como medio para sus negocios y, en cuanto deje de ser un facilitador, lo abandonarán y lo prohibirán. Para Matsuki, a los japoneses les da igual que Dios exista o no; según él, los «extremos» —y una religión extrema como el cristianismo— jamás serán bienvenidos en Japón.

Velasco le pregunta entonces cómo concibe Matsuki vivir una vida tan «tibia», con lo que este abandona la conversación intrigado. Tras el choque, sin embargo, Matsuki comparte con los demás emisarios lo que ha logrado escrutar de Velasco: que en el corazón del misionero anida una pasión grande y ardiente, una voluntad indomable. Lo percibe, dice, en el olor del padre, nacido

de la represión de sus impulsos carnales: ese olor procede de la misma pasión que inflama al espíritu occidental para cruzar los mares y construir esos barcos.

Advierte a Nishi, el más ansioso por aprender lo que poseían los extranjeros, que copiar la técnica europea sin su pasión sería mera imitación; pero que, a la vez, adquirir esa pasión sería de por sí un veneno para los japoneses. Matsuki advierte que el cristianismo de Velasco no es sino una manera de domar, reprimir o incluso justificar y encauzar la gran pasión que lleva en el corazón. La pasión es extrema, es voluntad, es caliente. Mientras tanto, el japonés es práctico, pragmático, materialista, tibio.

El capítulo se finaliza con un paralelo entre Velasco y el propio Hasekura: a pesar de sus actuales posiciones como padre y emisario, los dos creen ser guerreros como sus ancestros, luchando la guerra actual mientras ellos lucharon la antigua: los samuráis y los conquistadores españoles, uno hoy luchando por la economía japonesa y el otro por la evangelización de Japón por el Imperio y no habría un mejor lugar para que ese choque ocurra que la tierra donde los nativos un día bailarían para los fantasmas de sus ancestros, América del Norte.

LA LLEGADA A LA NUEVA ESPAÑA

Al llegar a la Nueva España, uno de los dominios más prósperos y ricos de los españoles en el continente americano, la comitiva, que esperaba ser recibida con vítores y celebraciones, lo fue con frialdad y recelo. A las autoridades del Imperio no les gustó ni un poco que un galeón japonés, construido al modo ibérico, hubiera cruzado el Pacífico por sí solo. Atracando en Acapulco, Velasco toma todas las medidas posibles para ser recibido por el virrey, pero encuentra solo dificultades y mala voluntad para tal. Velasco está convencido de que ya hay maquinaciones de los jesuitas obstaculizando sus planes. Decide, entonces, ir con toda la comitiva de mercaderes y emisarios a la Ciudad de México para,

desde allí, hablar directamente con el Virrey. Sin embargo, no lo haría sin antes realizar una parada estratégica.

Pasando por el paisaje desértico repleto de montañas y cactus de la Nueva España, Velasco va junto a los japoneses a una aldea del tipo de «reducción», en la cual los indígenas de aquellas tierras vivían organizados por los padres: en aquel estilo de vida, las posesiones y la tierra de los indios eran compartidas mientras los padres les enseñaban lo necesario para el trabajo mientras los evangelizaban. Mostrando eso a los emisarios, ya que ese era uno de los planes que Velasco tenía para hacer en Japón, el franciscano creía que a los japoneses les gustaría, o que al menos sentirían curiosidad por aquella nueva forma de organización sin jerarquías ni sumisiones; pero fue al contrario: hallaron aquella «pobreza digna» del todo anodina.

Pero lo que genera dudas no solo en los japoneses, sino también en Velasco, es cuando este llama al jefe indígena de la aldea y, después de variadas preguntas, él dice que aquella no era la primera vez en que había visto japoneses. Por más que Velasco insistía en que el indio probablemente confundía Japón con China, el jefe estaba seguro de que un japonés cristiano había llegado allí dos años atrás, junto con un padre español, y les había enseñado a plantar arroz, aunque no lograba recordar su nombre. Pero, a partir de allí, una cosa era cierta: había la posibilidad de que los emisarios encontraran un compatriota en la Nueva España.

Llegando a la Ciudad de México, el Virrey de la Nueva España no quiere recibir formalmente a los emisarios japoneses. Los jesuitas (los cuales dicen que Velasco miente sobre la situación en Oriente) y los comerciantes y aristócratas locales ya habían establecido un contubernio para que el monopolio comercial de Manila fuera mantenido, pero Velasco estaba determinado a convencer no solo a los japoneses, sino también a la propia sociedad española de sus intenciones. En sus propias palabras:

La labor misionera es como la diplomacia. De hecho, se asemeja a la conquista de una tierra extranjera. En la labor misionera, al igual que en la diplomacia, hay que recurrir a subterfugios y estrategias, amenazando en ocasiones, transigiendo en otras; si tales tácticas sirven para impulsar la difusión de la palabra de Dios, no las considero despreciables ni repugnantes. A veces hay que hacer la vista gorda ante ciertas cosas con el fin de compartir el Evangelio. El conquistador Cortés desembarcó aquí, en Nueva España, en 1519, y con solo un puñado de soldados capturó y mató a multitudes de indígenas. A la luz de las enseñanzas de Dios, nadie podría calificar tal acto de correcto. Pero no debemos olvidar que, como resultado de ese sacrificio, hoy en día innumerables indígenas han entrado en contacto con la palabra de nuestro Señor y, de ese modo, se han salvado de sus costumbres salvajes y han comenzado a recorrer los caminos de la rectitud. Nadie puede juzgar a la ligera si habría sido mejor dejar a los indígenas en sus costumbres diabólicas, o hacer la vista gorda ante cierto grado de maldad y llevarles la palabra de Dios.¹

De esta forma, él elabora una estrategia: dejar claro que el comercio transpacífico es indisoluble de la evangelización. O sea, los mercaderes japoneses tendrán que bautizarse para comerciar, y los españoles solo podrían hacer el comercio con los japoneses si tienen la certeza del fin de la persecución al cristianismo allí. Aunque Velasco sabe muy bien que los japoneses se convertirían por razones puramente utilitarias, confía en que la Providencia divina obrará sobre ellos una vez bautizados, para hacerlos cristianos de verdad, aun cuando hubieran aceptado a Dios al principio por mero interés.

Y así Velasco lo hace, bautizando a los cerca de treinta

1. Shusaku Endo, *The Samurai*, trad. Van C. Gessel (Nueva York, 1982), p. 97.

mercaderes japoneses en la Ciudad de México en una gran ceremonia, la cual daría la certeza no solo de la ciencia de la élite nuevahispana, sino también del aumento de su propio prestigio personal. De los emisarios, solo Matsuki se hizo ausente a la ceremonia, pero Velasco dijo a los samuráis restantes que ahora las chances de ellos de encontrarse con el Virrey aumentaron. Con la ayuda del arzobispo tras el bautismo colectivo, el plan de Velasco avanza y consiguen audiencia con la máxima autoridad del Virreinato; sin embargo, esta carecía de potestad para resolver la propuesta de comercio directo. Pero eso Velasco ya lo sabía: era solo una pieza más de su plan de llevar a los emisarios a Europa y volverlos aún más dependientes de él.

A pesar de la clara dirección, la estancia de los japoneses en la Nueva España aún no había terminado. Sería necesario desvelar el misterio del japonés que el jefe de la reducción había mencionado. Ese mismo japonés, hábilmente disfrazado de indígena americano, al verlos todavía en la Ciudad de México tiró de la manga de Hasekura y le dijo que era un compatriota, que también había sido monje, pero que había abandonado el cristianismo. Poco después, les dice que vive en una aldea llamada Tēcali, cerca de Puebla, poco antes de desaparecer en la multitud. Hasekura cuenta lo ocurrido a sus compañeros, pero no a Velasco, y discuten, además del asunto de ir a España o no, si ese supuesto japonés no podría ser un intérprete alternativo para ellos.

En medio de tal discusión, Matsuki interpela una vez más a Hasekura y le pide que, en caso de ir a Europa, no se convierta al cristianismo bajo ninguna circunstancia. Él justifica el imperativo: en la política del Consejo de Ancianos hay dos facciones, la de Lord Shiraishi (el señor feudal de los emisarios) y la de Lord Ayugai, que desprecia el cristianismo. La misión fue idea de Shiraishi, pero solo contó con el visto bueno de Ayugai porque este apuesta a que fracasará y, por tanto, le dará más poder. Según Matsuki, si siguen el criterio de Velasco y, como él hizo con los mercaderes, se convierten al cristianismo por el bien de la misión, en caso de que esta fracase y Ayugai gane terreno, serán

maltratados a su regreso a Japón. Sin embargo, por primera vez, más por apego emocional que por racionalidad, Hasekura deja de ser meramente pasivo y rebate las conjeturas de Matsuki, para no perder la inversión emocional y temporal depositada en todo el viaje, negándose a creer que saldría mal. El tiempo, en breve, probaría cuál de los dos estaba correcto. Al final del capítulo, Hasekura comunica a sus sirvientes lo decidido: Matsuki y los mercaderes se quedarán en la Nueva España para regresar a Tsukinoura e informar al Consejo, mientras que él, Nishi y Tanaka irán a España con Velasco. Nishi era el que más quería ir, mientras Tanaka solo quería sus tierras de vuelta, precisando para eso cumplir la misión.

El capítulo quinto del libro es el que más compara frontalmente a los japoneses con los indígenas del Nuevo Mundo. El capítulo se abre con buenas noticias para Velasco: tras la conversión de los mercaderes, el obispo de la Nueva España envía una carta a Madrid en su favor, en la que sostiene que el comercio directo de Japón con la Nueva España serviría para alejar a las naciones protestantes de Inglaterra y Holanda. El virrey novohispano también escribiría a Su Majestad en favor de Velasco.

Además, mercaderes japoneses prometen a Velasco parte de los lucros a la Orden de los Franciscanos y construir iglesias en Japón. Sin embargo, pronto ocurriría el último enfrentamiento directo entre las dos mentes más afiladas de la misión: Velasco y Matsuki. El franciscano ya sospechaba que el samurái era un espía del Consejo de Ancianos, sospecha que solo se refuerza por su deseo de volver tan pronto a la tierra natal. Al confrontarlo, el guerrero dice que los padres perturban la paz de la tierra y que «la verdadera felicidad» que Velasco dice es «demasiado intensa para Japón» además de que un «remedio muy fuerte es veneno para un cuerpo débil».

Él también dice que los indígenas de la Nueva España estarían en paz si los españoles no los hubieran conquistado, con Matsuki preguntando directamente si pretenden hacer con Japón lo que hicieron con la Nueva España. Velasco, sin embargo, admite

querer hacer una negociación: los españoles enseñarían y comerciarían lo que tienen a cambio de llevar a los japoneses a Cristo, sin embargo Matsuki rechaza esa última parte de la negociación a pesar de querer la primera. Velasco replica que de nada sirve que copien solo la parte material careciendo de la espiritual, y la discusión no cesa hasta que se separan, en uno de los choques más directos entre las dos cosmovisiones de la obra.

Al despedirse de Matsuki y de los mercaderes, la comitiva debe seguir curso – para ir hasta Europa, necesitan llegar a la costa este de la Nueva España para zarpar en el Atlántico. Velasco pronto descubre que hay una rebelión de indígenas de la tribu Huasteca en el camino para Veracruz, los cuales están quemando plantaciones y atacando a los encomenderos. El padre no deja de comparar esta situación con la japonesa: los encomenderos, como los jesuitas, provocaron y abusaron de un pueblo incluso más dócil que el japonés, y así desataron la revuelta.

Además, en el banquete de despedida, las canciones entonadas por la comitiva japonesa son notadas por los españoles como parecidas a las de los pueblos indígenas. Con estas y otras muchas comparaciones, el autor ilustra bien cuánto temían los japoneses de entonces ser colonizados como lo fueron los indios de las Américas, así como la creencia, basada en varias teorías antropológicas, de que japoneses e indios mexicanos estaban emparentados genética y fenotípicamente, algo que el libro insinúa en repetidas ocasiones.

Uno de los hechos a probar eso es que, al llegar a Puebla, los japoneses fueron confundidos por los indios locales con otra tribu montañosa. Nishi y Hasekura buscarían ir detrás de aquel ex-monje japonés cuando la noche llegara, pero Tanaka no estuvo de acuerdo. Con la ayuda de un indígena, llegan a la aldea de Tecali que, curiosa pero no casualmente, es también un pantano, como las tierras de Hasekura.

Una vez llegando allí, el japonés cuenta su historia: él era un huérfano que fue adoptado por un padre cristiano y, cuando Japón comenzó a perseguir a los cristianos, huyeron para Manila y

allí fue ordenado monje. Allí, sin embargo, se desilusionó con el clero y partió hacia la Nueva España en busca de un mundo nuevo; pero también el clero local lo decepcionó, lo que lo llevó a huir y a vivir con los indios como si fuera uno de ellos. Cuando los japoneses preguntan si él volvería a Japón, dice que no, porque no tiene parientes, y también porque los cristianos son perseguidos.

Esto, sin embargo, suscita una duda: ¿no había abandonado el cristianismo? El japonés dice, diferentemente de lo que afirmó antes, que aún es cristiano, sin embargo que no cree en el «cristianismo que los padres predicán», pues los españoles derrotaron a los indígenas y destruyeron las aldeas. Hasekura dijo que tal hecho es así con cualquier país derrotado al perder una guerra, pero lo que hizo al japonés «abandonar el cristianismo» fue que, según él, los padres actuaban como si ese sufrimiento nunca hubiera ocurrido y que solo decían palabras de consuelo y de alegría a los indios.

Él termina afirmando que cree «en su propio Jesús» el cual vive «no en las catedrales suntuosas», sino «entre los indios miserables». Además de ser esta la posición personal de Endo, resulta cuando menos curioso que tal visión, puesta en boca de un extranjero que hacía casi las veces de sacerdote entre los indígenas americanos, se asemeje tanto a algunos presupuestos de la Teología de la Liberación, de notable arraigo entre el clero de Iberoamérica.

El japonés monje renegado entonces concluye que no volverá a Japón por estar «en casa» entre aquellos indios, consolándolos y ayudándolos médicamente cuando necesitan. Este y los hechos siguientes llevan a pensar que aquel japonés catequizaba a los indios a su manera, con su propia visión del cristianismo, lo que recalca de nuevo que los japoneses ven a Cristo de un modo distinto al de los occidentales: el Cristo en el crucifijo presente en la aldea tiene facciones indígenas, y el monje renegado se refiere a él como «este Jesús» en vez de solo Jesús.

Al despedirse de sus compatriotas, les entrega un rosario de

semillas y paquetes de papeles en los cuales «había un relato de la vida del Salvador» escrito por él mismo, además de alertarlos sobre la rebelión de los Huastecas (hasta entonces escondida de ellos por Velasco) la cual se ve equipada inclusive de armas de fuego. Sin embargo, tras presenciar todo aquello y regresar a Puebla al amanecer, Hasekura tiene por primera vez un monólogo en el que irrumpe en su interior una ardiente voluntad de luchar contra el destino que se le imponía.

Retornando a seguir el viaje, Velasco cuenta a los japoneses sobre Europa: que el rey de España es como si fuera el shogun para los japoneses, la autoridad política, mientras el papa sería el emperador, la autoridad religiosa. Sin embargo, dice que incluso el papa y todos los reyes europeos se arrodillan para solo un hombre, Jesucristo. Además, en comparación con Japón, dice que antes de la conquista empleada por Cortés, que los indígenas de aquella región también adoraban al Sol como si este fuera una deidad, todo eso en tono de enseñanzas catequéticos.

Pero a pesar de la conversación pacífica, pronto avistan fuego al acercarse a Veracruz. Frente a la imposibilidad de esconderla, Tanaka confronta a Velasco y le dice que ya saben de la revuelta indígena. Así, por ser el más veterano en la guerra de entre los emisarios, Tanaka aprovecha para tomar el mando de la comitiva en detrimento de Velasco, para frustración de este y deleite de aquel. Por más que el padre fuera inteligente, allí, estaba en desventaja primeramente por ser español y luego por no ser un guerrero.

Contra los consejos de un encomendero que encuentran, Velasco va a la tribu a dar la extrema unción a un indio después de que la hermana de este se lo pida. Lo hace como un padre y, cuando mira en los ojos del indio después de que este muera, ve en el indio «un rostro japonés». Ellos entonces son atacados por los indios, sin embargo, cuando gritan a los revoltosos que no eran españoles, sino japoneses, ellos retrocedieron.

Una vez a salvo de la rebelión nativa, Velasco recibe una carta de su tío, que lo alerta que los jesuitas harán de todo, una vez que

él y los emisarios lleguen a Europa, para que sus planes sean frustrados. El tío de Velasco lo avisa sobre un padre jesuita llamado Valente, a quien probablemente enfrentará en un debate en Europa para la resolución de la misión de ellos en el consejo de Obispos. Velasco también se entera de que, en la carta que los jesuitas hicieron al rey español (que el tío de Velasco consiguió mediante inteligencia), ellos hablan de que los japoneses están engañando a Velasco y a los españoles al usar el trabajo misionero como «cebo» para que consigan comerciar y avanzar otros intereses estratégicos. Sin embargo, Velasco está determinado a vencer, usando como armas no solo el prestigio que consiguió con el virrey y el obispo de la Nueva España en virtud del bautismo colectivo, sino por tener el casi total poder de maniobra sobre los emisarios que venían junto a él.

LA VISITA A EUROPA

El capítulo sexto, en el cual la comitiva ya llega a Europa, se inicia con un monólogo de Velasco. Una vez más, el personaje de él es comparado, tanto por el autor como por él mismo, a San Pablo cuando este fue contestado por los apóstoles en Jerusalén, en razón de él y Velasco priorizar la evangelización ante la política. El misionero, así, como Pablo por los gentiles, estaba dispuesto a luchar el buen combate por el alma de los japoneses.

En medio de todo su tiempo de reflexión, pasa a imaginar a su oponente, el Padre Valente de los jesuitas: un hombre de apariencia ascética, alto, delgado, mejillas hundidas y ojos brillantes «de donde emanaban su sagacidad». Sin embargo, en medio del conflicto interno de Velasco al confrontar todos sus propios pecados, dice su plan para vencer a los jesuitas: así como convenció al Virrey al convertir a los mercaderes, convencería al rey y a los jesuitas de sus planes al convertir a los emisarios al cristianismo una vez en Madrid.

En Sevilla, una vez que la familia de Velasco era nativa de allí, fueron mejor recibidos de inmediato por la aristocracia y por el

clero de la ciudad. El obispo de Sevilla habla que los jesuitas, en el consejo de obispos que será montado en Madrid para abordar la cuestión, ya divulgan la visión de que los emisarios no son representantes del soberano japonés, sino meros caballeros al servicio de un solo lord. Velasco, aún en conversación con el obispo, vuelve a comparar el trabajo misionero con una batalla, una guerra, y dice que los jesuitas y sus superiores están demasiado lejos del campo de batalla para entender cómo funciona en realidad.

El obispo alerta a Velasco diciendo que este está tomado por pasión y que ella puede hacer mal a su alma. Velasco, que empieza ya a cuestionar y a frenar sus propios impulsos, se reconoce a sí mismo que el obispo tiene razón, pero también que, sin el fervor que siempre tuvo, nunca habría ido a Japón ni ganaría hoy la guerra por la conversión de aquellos pueblos. Tras rezar en la catedral pidiendo por iluminación, Velasco recordó las palabras de Jesús cuando este mandó a sus apóstoles a Judea, cuando dijo que ellos deberían ser «prudentes como las serpientes» y que serían odiados por todos por causa de Su nombre. Velasco piensa entonces que sus armas son sus palabras y los emisarios japoneses que trajo consigo; por eso hará que sus palabras parezcan las de los japoneses.

Cuando Velasco habló a los japoneses sobre los debates que él tendrá que vencer para convencer a la élite española a dejar que se encuentren con el Rey, convenientemente menciona que sería bueno que al menos uno de ellos se convirtiera al cristianismo para tal. Pero el samurái Hasekura le responde de inmediato que no se convertirá al cristianismo porque no le gusta y que, aunque estudiara sus fundamentos, seguiría sin ser cristiano, resuelto en ello pese a cualquier réplica de Velasco.

En este punto, Hasekura acaba asumiendo el papel de Matsuki ahora que este se ha ido, e incluso lo cita más de lo habitual. Aquel de quien más discrepaba ahora era aquel a quien más seguía los consejos, recordando las palabras de Matsuki al dejar la misión. La razón que aduce para no

convertirse es que no lo hará manipulado por Velasco ni por mera formalidad, y que no será el único de su estirpe en aceptar una religión que todo el linaje de sus ancestros ni siquiera conoció. Respecto a la opinión de los otros japoneses, Nishi dice que se volverá cristiano porque Europa es más rica y poderosa que Japón.

Ya Tanaka se volvería cristiano únicamente para recuperar de vuelta sus tierras y para retornar a casa con su honor intacto, haciendo todo lo que fuera posible. En suma, aquí ellos están de nuevo en conformidad con sus simbolismos: Nishi es la voluntad de occidentalizar de Japón mientras Tanaka es la tradición. Hasekura, que antes fuera la sumisión, aún lo continúa siendo por estar inconscientemente bajo órdenes de Matsuki, que por sí solo representa la inteligencia y la astucia japonesa frente a los extranjeros.

Por más que Hasekura lo niegue, por más que proclame detestar a Matsuki, sencillamente no logra convertirse al cristianismo. El convertirse en cristiano, para Hasekura, simboliza el cambio total de su vida monótona e igual del pantano, de Japón. Simboliza el Cambio de cómo el país se tornaría si aceptara Occidente. Cambiando de nuevo el foco a Velasco en su preparación para el debate, una vez en Madrid, su tío dice que él, en la infancia, era fascinado por marineros y conquistadores como Colón, con Velasco admitiendo que, si su madre no lo hubiera puesto en el seminario cuando era niño, se habría convertido en marinero o soldado.

Pero el tío de Velasco le dice que la madre de él lo puso en el seminario justamente para intentar controlar su fervor. Después de esas breves reminiscencias tras reencontrarse, el tío de Velasco revela que el Arzobispo y el Rey solo darán una audiencia a Velasco tras la decisión del consejo de obispos. Aún en la tensión al prepararse, Nishi, buscando ayudar a Velasco, dice que se volvería cristiano para que él venciera el debate. Los otros dos emisarios, sin embargo, no admiten querer, pero también no están tan confiados en la negación como estaban en Sevilla.

EL DEBATE

Una carroza va a buscar al padre franciscano y la historia finalmente adentra en uno de sus puntos altos: un debate entre los dos occidentales presentes que mejor conocen Japón, Velasco y Valente. A diferencia de lo que Velasco esperaba, Valente era un sacerdote viejo y de baja estatura, de hábito raído, ojos entornados y expresión de cansancio. En vez de alivio, Velasco tuvo su orgullo herido por su oponente ser un viejo débil pero por la parte de Valente, al percibir que Velasco lo encaraba con furor, el anciano jesuita solo le respondió con una sonrisa simpática.

Comienza el debate y Velasco, con una retórica grandilocuente, expone todos sus argumentos: desde los impuestos de Nagasaki cobrados por los jesuitas, pasando por el hecho de que los japoneses son demasiado avanzados para tratarlos como colonias, hasta la destrucción de las estatuas de los budas por la Compañía de Jesús, que enemistó a los orgullosos japoneses. Finalizando su punto, Velasco propone que los españoles proporcionen a los japoneses las oportunidades de lucro que tanto buscan a cambio de la libertad de evangelización.

Antes del contrapunto de Valente, somos interpelados por el punto de vista de Hasekura en más un monólogo. No quiere adoptar a Jesús por considerarlo un hombre «débil, feo y emasculado». Reverenciarlo como Dios, según él, traería vergüenza para sí y para sus ancestros y, por encima de todo, sería traicionar su pantano, traicionar su casa, traicionar su vida y su ser. Dice que el pantano no era solo para aquellos que viven allí ahora, sino para los ancestros que se pasaron de él, prácticamente hablando solo del pasado, nunca del futuro.

Piensa que los ancestros de él, los de su padre y tío, no podrían dejar que se volviera cristiano ni que solo por formalidad. La posición de Hasekura de entonces viene para demostrar tanto que la cruz es una «locura para los paganos» (1 Cor. 1:23) cuanto también la relación japonesa con su sociedad colectivista y de alta confianza, donde los individuos se inclinan ante el todo.

En la respuesta de Valente, él es lo más objetivo posible y, diferente de Velasco, no usa artificios y pausas retóricas emocionales, sino que ataca los puntos principales de su argumentación: de que los samuráis son emisarios de un solo daimio, que no son emisarios oficiales y que no representan a Japón como un todo. Además, el padre Valente prevé que en el futuro los japoneses alegrarán que esos emisarios eran meros enviados privados de un único señor, y no del shogun, y que se desdirán con excusas preparadas de antemano, una táctica que los japoneses emplean también en la guerra: en una guerra, cuando no tienen la certeza de quién vencerá, reparten a sus hermanos entre ambos bandos y, cuando uno pierde, descartan al hermano perdedor para no perder a toda la familia.

Para él, la evangelización es solo un cebo que los japoneses usan para conseguir lucros. Cuando le preguntan qué quieren los japoneses además del comercio con la Nueva España, Valente responde que buscan las rutas españolas del Pacífico y las habilidades de navegación, algo que los nipones probablemente ya están logrando con el viaje actual, pues han construido un galeón propio con conocimientos españoles.

En medio de los muchos cuchicheos que agitaban a la audiencia, Velasco se apresura a señalar que incluso los jesuitas habían intentado antes un acuerdo de ese tipo con Japón, cuando este envió una carta a Manila solicitando el comercio con la Nueva España. Valente replica que, ya entonces, el shogun de Japón quería el comercio, sí, pero al mismo tiempo buscaba prohibir a los misioneros, razón por la cual persiguió a los cristianos, martirizó a muchos y expulsó misioneros en esa misma operación.

En ese punto del debate, hay un nuevo paralelo con Silencio: un padre más anciano y experimentado, desensibilizado con Japón, intenta convencer de su falta de esperanza al padre más joven y ávido por evangelizar aquella tierra. Valente prosigue entonces analizando la psique japonesa a partir de su experiencia de más de treinta años en aquel país: con casi los mismos argumentos del padre Ferreira de Silencio, Valente dice que los

japoneses son el pueblo del mundo más inflexible hacia el cristianismo por ser, en sus palabras:

Para ellos, la felicidad parece no significar más que la obtención de beneficios temporales. Si una religión promete todos los beneficios de esta vida —la acumulación de riquezas, la victoria en la batalla, la curación de enfermedades—, los japoneses la aceptan sin dudarlo, pero parecen totalmente insensibles a lo sobrenatural y a lo eterno. Aun así, durante nuestro viaje sería una negligencia por mi parte no predicar la palabra de Dios a los más de cien japoneses que hay a bordo.²

Según él, los japoneses conocen la muerte y la fugacidad de la vida, pero nunca van más allá. Ni siquiera distinguen entre el hombre y Dios —por eso adoran allí al Buda, que demuestra que el hombre puede volverse Dios— ni entre el hombre y la naturaleza, pues la naturaleza es para ellos algo que envuelve a la humanidad más que algo separado de ella. Concluye que la sensibilidad japonesa está intrínsecamente anclada en el plano material y no concibe nada por encima de él, por lo que tampoco concibe al Dios cristiano, que es suprahumano.

Una vez preguntado por otro obispo acerca de la evangelización japonesa en el pasado, específicamente en lo que atañe a lo que los japoneses cristianos, que un día ya llegaron a muchos miles, creyeron, Valente dijo que no lo sabía. Según el jesuita, cuando comenzó la persecución, la mitad de aquellos cristianos apostató, pues cuando un señor feudal o un jefe de aldea apostataba, todos los demás lo seguían. En su conclusión, el padre Valente dice que el mapa de Japón le recordaba a un lagarto, y que la naturaleza de los japoneses es idéntica: los propios misioneros se entretenían cortando la cola del lagarto, pero este sobrevivía aun sin ella, y luego le crecía de nuevo exactamente igual que antes.

2. Endo, *The Samurai*, p. 62.

Según Valente, los japoneses no viven como individuos, sino siempre teniendo presentes su aldea, su familia y sus ancestros, a los que están firmemente atados, sin ser seres humanos aislados. Ese es exactamente el problema de Hasekura que el autor se propuso interpelar con el debate: no logra abandonar Japón ni a los suyos, su pantano. Ese fue el mismo problema que tuvo Francisco Javier al evangelizar Japón: los japoneses no querían ir a un Paraíso donde no estuvieran sus ancestros.

Interrumpiendo a Valente y casi sin poder contener sus ánimos, Velasco lo confronta con el mismo argumento del padre Rodrigues de Silencio: que varios japoneses, sin embargo, fueron cristianos de hecho y que fueron martirizados por creer verdaderamente en Dios. Poco después, para no dar pie a la réplica, exhibe su triunfo: igual que en la Ciudad de México se habían bautizado 38 mercaderes al cristianismo, uno de los emisarios que lo acompañan se bautizará.

Antes incluso de que sepamos la respuesta o la reacción de los obispos, el debate es cortado y somos llevados a más una discusión entre los emisarios respecto al mismo asunto. Tanaka ya piensa en convertirse al cristianismo, aunque detesta abiertamente esa fe. Para él es como una batalla en la que conviene arrodillarse y fingir sumisión solo para engañar al enemigo. Hasekura, en cambio, invoca de nuevo las advertencias de Matsuki, pero Tanaka rebate su lógica porque no cree en lo que Matsuki dijo sobre que el Consejo quería actuar contra todos los lugartenientes.

Sin embargo, aún así Hasekura no se ve convencido, todavía reyendo que volverse cristiano significaría traicionar su clan y sus ancestros. Tanaka opina igual, pero obra como los mercaderes: dice que no «apostata» de su religión en el corazón, pero que perder las tierras de sus ancestros sería peor que cumplir una mera formalidad. Hasekura entonces se recuerda de una comparación que Velasco hizo de Jesús: un daimio derrotado se quita la propia vida para poupar a sus sirvientes, en el caso, Jesús se quitó la propia vida para salvar a aquellos que se rebelaron contra Dios incluso si él no era uno de esos que se rebeló.

Al recordar esa metáfora, Hasekura no logra identificarse con ella, sino solo con los mercaderes que se hicieron cristianos por interés y que probablemente abandonarían la fe en cuanto fuera necesario, y se pregunta cuán distinto sería de ellos si se convirtiera de ese modo. Teniendo en cuenta que los mercaderes eran entonces el estrato más bajo de la sociedad japonesa, eso dice mucho.

Valente pasa a cuestionar si los bautismos de los mercaderes en la Nueva España fueron verdaderamente sinceros, pero ya empieza a acusar el cansancio, mientras que antes estaba claramente venciendo a Velasco. Él también cuestiona si no sería mejor instruir a los japoneses a defender su fe con las armas en vez de estimular más bautismos falsos en medio de la persecución. Velasco, impaciente, empieza a interrumpir a Valente: al dudar del bautismo de los japoneses, el jesuita no solo ofende su honor, sino que olvida que el bautismo, como sacramento, trasciende la voluntad del hombre y confiere a quien lo recibe la voluntad de Dios.

Recorre así a un argumento teológico. Sin embargo, un obispo dice que el debate no es sobre la teología del bautismo y aborda directamente las razones políticas que les interesan: ¿los emisarios son representantes de Japón como un todo o de apenas un señor feudal, y la persecución al cristianismo allí es permanente o temporal? Velasco sostiene que, aunque en los dominios de Edo y alrededores se persigue a los cristianos y los jesuitas afirman que la persecución y la supresión del cristianismo continuarán indefinidamente, él no lo cree así: los europeos pueden poner fin a la persecución demostrando al gobernante japonés que, por más que le disguste el cristianismo, a través de él puede obtener mayores ganancias directamente con la Nueva España, y no solo con Macao y Manila.

Sin embargo, Valente replica al afirmar que la persecución probablemente continuará y que ella también se extenderá al resto de Japón. Dado que el clan Tokugawa está a punto de exterminar a su rival, el clan Toyotomi, las esperanzas se desvanecerán cuando

el actual shogun logre el control incontestable del territorio japonés. Tokugawa pretende aliarse a las naciones protestantes de Holanda y de Inglaterra porque ellas jurarán a él que sólo quieren el comercio sin la evangelización (es decir, todo lo que Japón quiere: «cristianos» que sólo se importan con los lucros y no obedecen al papa).

Ya Velasco inquiere: ¿entonces los Imperios católicos deben entregar Japón a los protestantes sin hacer nada, impidiendo el avance ibérico en el Oriente? El debate se prolonga entonces sin fin hasta la noche, sin conclusión clara, con todos los implicados ya cansados y con Velasco encomendando el resultado a las manos del Señor. Mientras los obispos, en otra sala, deciden qué hacer después del debate, Velasco está sentado solo pensando y, en sus pensamientos, yendo contrariamente a todo lo que él mismo había dicho en el debate, concuerda exactamente en los mismos términos con todo lo que Valente habló en todos sus puntos.

Es decir, así como los japoneses mentían sobre el cristianismo para conseguir los lucros, Velasco mentía respecto a Japón con el fin de conquistarlo. Sin embargo, él también admite que es justamente esa negación que Japón da a Jesucristo lo que llena a Velasco de pasión para conquistar tal país para la fe. Velasco ve la evangelización como una conquista, por ser un hombre de la estirpe de la casta guerrera dentro de la casta sacerdotal. Aquí, el cristianismo y la Iglesia son representados por el autor como una forma más de expansionismo del poderío español.

El capítulo termina con Hasekura decidiendo por fin convertirse al cristianismo solo como medio para cumplir la misión y regresar a su charco. Al ver que sus sirvientes más jóvenes, Daisuke e Ichisuke, reciben bofetadas y reprimendas de Yozo, tachados de «egoístas» por quejarse de la añoranza del hogar, Hasekura le impide continuar y, comparándose con los siervos más jóvenes y diciéndose que el verdadero egoísta era él, les proclama a los tres su decisión de convertirse al cristianismo.

Ya el tío de Velasco le informa a él que los obispos están divididos en sus opiniones y que el resultado de la decisión aún es

incierto, recomendando que algo debe acontecer para «arrebatar el corazón de los obispos», y Velasco apuesta que la conversión de los tres emisarios consumará tal hecho. La continuación de la misión japonesa, por lo tanto, depende del bautismo de los tres samuráis.

EL BAUTISMO

El capítulo séptimo abordará directamente la jornada de los samuráis, y especialmente la de Hasekura, para el bautismo en la fe católica. Hasekura tendrá que confrontar las enseñanzas de Velasco sobre el cristianismo con su *dasein* japonés y con la razón de su bautismo: el deber, la misión, el retornar a casa y su sumisión a sus superiores. Poco antes de ser bautizado junto con los demás emisarios y sus respectivos sirvientes, ya en la ceremonia, Hasekura miró a Jesús y, en tono de reproche, le dijo que no tenía interés en adorarlo y que la vida de quienes sufren — los campesinos de su charco — no se había vuelto más fácil porque Jesús supuestamente muriera por ellos.

Él también no entendía cómo aquel hombre salvaría toda la humanidad conforme Velasco hablaba, no entendía el concepto de salvación. Hasekura juzga absurda y falsa la historia de Jesús (de nuevo, la «locura para los paganos») y no lograba entender cómo un hombre como Velasco y los demás extranjeros creían en ella y adoraban a aquel hombre. Cuando Hasekura tuvo que confirmar al celebrante que creía en Jesús y en su resurrección y salvación, él pensaba consigo mismo que aquello era sólo de la boca para afuera, pero en paralelo sentía una amargura al pensar que, en aquel acto, traicionó a su padre, su esposa y su familia.

Finalmente es bautizado, mientras se dice que aquello no pasa de una mera formalidad y que no fue sincero al declarar que creía, con la esperanza de olvidar algún día todo lo relacionado con ello. Esos pensamientos continúan cuando va a recibir la eucaristía, pero Hasekura empieza a cuestionarse: si todo aquello era solo una mera formalidad, ¿por qué repetírselo sin cesar? ¿Por qué

estaba tan obsesionado con aquel hombre en la cruz? Si aquello era sólo mera formalidad y no significaba nada más, ¿por qué sentía remordimiento por haber traicionado a su familia?

Cuando Hasekura pregunta a Nishi Kyusuke si le inquieta haberse convertido al cristianismo, este responde que, aunque todavía no siente adorar a Jesús, advierte que es imposible comprender Occidente sin comprender el cristianismo, como si se le hubiera abierto una perspectiva completamente nueva. No veía nada malo en la misa ni en los ritos cristianos; al contrario, no había nada igual en Japón, todo en consonancia con su carácter curioso y su deseo de apertura hacia Occidente. Además, Nishi después afirmará que inclusive desea permanecer en España, aprender la lengua y las costumbres cristianas para sólo después retornar a su país.

En medio de todo eso, los clérigos y los aristócratas españoles que ellos visitaron después del bautismo clasificaban a los japoneses de la misma forma que a los indios de la Nueva España: como paganos que dejaron sus supersticiones y dioses falsos. Según Velasco, que los obispos quedaron impresionados con el bautismo de los japoneses y que el Rey en breve los acogería, alegando que el bautismo de ellos fue recompensado por Dios. Pero el padre franciscano tiene un súbito mal presentimiento y, por primera vez, ve su propia caída y el derrumbe de sus planes, y empieza a sentir que Dios lo había abandonado.

La comitiva entonces se dirige al Tribunal de la Inquisición para al fin escuchar la decisión de los obispos. Al inicio, todo da a entender que la posición de Velasco vendría a ser la aceptada, y el Consejo decide: considerar a los emisarios como emisarios de Japón como un todo, costear y tomar las providencias para que ellos retornen a casa en seguridad y pedir al rey darles una audiencia formal.

Sin embargo, en el momento en que se abre el turno de objeciones (que casi nunca se presentan), el padre Valente entrega a los obispos una carta que, al leerse en voz alta, trae las noticias más recientes del Extremo Oriente: el Rey (Shogun) de Japón

comenzó a escuchar las calumnias que Inglaterra hace contra España y se prepara para cortar las rutas comerciales que hacen con Luzón y Macao, además de permitir que Inglaterra instale una estación de comercio en Hirado, en el suroeste de Japón.

Además, la otra noticia es que un noble de la región de Tohoku, el mismo que envió a los emisarios a la Nueva España, ahora persigue a los cristianos, inclusive ya martirizando un pequeño número de fieles. Probablemente lo hizo para disipar los rumores de que se estaría aliando con España para destronar al rey japonés. En medio de la confusión de los obispos, Velasco vislumbra de nuevo su derrota, ya no como intuición, sino como realidad, y así termina el capítulo.

A LOS PIES DE PEDRO

En el capítulo octavo son narrados los últimos esfuerzos de la misión japonesa en Europa para intentar, de cualesquiera maneras posibles, preservar el éxito de la misión. Velasco les dice que todas las esperanzas se fueron: Japón, al prohibir el cristianismo, abandonaba toda perspectiva de comercio con la Nueva España. Algunos hombres —los sirvientes de Hasekura— estaban embriagados solo con la idea de volver al charco. Nishi lloraba y Tanaka seguía negándolo.

Tanaka pregunta si esa carta no es falsa, si no es una manipulación de los jesuitas, y Velasco responde que, en Madrid, no tienen como saberlo - pero que es posible que el papa en Roma haya recibido otras noticias. Tanaka dice que irá a Roma o incluso al fin del mundo para no volver a Japón de manos vacías. Él dice que, si sólo quisiera volver a Japón, habría retornado junto con Matsuki en la Nueva España. Hasekura, por su vez, manifiesta querer ir junto con Tanaka, pero sin dar motivos.

Velasco sonríe y dice que, durante todo el viaje, creyó seguir un camino distinto del de los japoneses (o más bien, los estaba usando), pero que ahora, por primera vez desde el inicio de la travesía, se sentía atado a ellos por una misma cuerda. A partir de

entonces, todos ellos ahora pasarán por las mismas pruebas y serán castigados de la misma manera. La última esperanza de ellos residía en Roma, y a Roma ellos irían, a pesar de no de la manera previamente planeada por Velasco.

Aquella noche, el samurái soñó con los cisnes migratorios que veía en Japón, los que venían de muy lejos para reposar en su charco durante el invierno. No era la primera vez, en aquella historia, en que soñaba con esos pájaros. En aquel sueño, sin embargo, su sirviente Yozo les disparaba, al revés de lo ocurrido al comienzo de la historia, cuando el samurái le había impedido disparar. Hasekura tuvo rabia de ese hecho, pero ese tiro claramente simbolizaba ellos dos retornando a Japón con la misión fallida.

Tras la decisión del Consejo de Obispos, todos empezaron a tratar con frialdad a Velasco y a los japoneses, que incluso fueron expulsados del monasterio franciscano donde se alojaban. Sin embargo, tenían la ayuda de la familia de Velasco y de un Duque, que había sido indiferente con ellos y ahora los auxiliaba, alegando ser ultrajante que japoneses que se convirtieron a la misma religión fueran tratados de aquella forma. Tal Duque, el cual ni siquiera llega a ser identificado, pidió inclusive ayuda y favores a un cardenal de nombre Borghese en Roma.

El tío de Velasco preparó entonces un falucho y tres mil ducados para que fueran de Barcelona a Roma, aunque con una condición: si el Vaticano negara cualquier prosecución, Velasco tendría que desistir totalmente de la evangelización de Japón y pasaría a vivir en un monasterio en la Nueva España o en las Filipinas por el resto de la vida. No les quedaba a Velasco —ni a los japoneses— otra opción que arriesgarse.

Una vez en el viaje por el Mediterráneo, hay un breve diálogo entre los dos protagonistas. Tras confirmar que Velasco pretende volver a Japón como sea, Hasekura le dice al padre que, si la misión sale mal, Tanaka está decidido a cometer seppuku, el suicidio ritual con que los japoneses lavan su honra con sangre. Velasco objeta que eso no estaría permitido, pues Tanaka se ha

hecho cristiano, pero Hasekura responde que tanto Tanaka como él y Nishi se convirtieron a la fuerza, solo para cumplir su misión; el franciscano insiste en que será un testigo favorable ante Shiraishi y el Consejo (que, presumiblemente, había traicionado a los emisarios), y Hasekura no hace sino responder, resignado, que Velasco no comprende a los japoneses.

Cuando el falucho pasa por Génova, la ciudad de Colón, Velasco menciona que tal navegante buscaba el «país dorado» que en verdad era Japón. Consigo mismo, él se compara con Colón: mientras Colón jamás encontró Japón, Velasco fue rechazado por él; mientras Colón creía que el archipiélago era una tierra llena de tesoros a ser saqueados, Velasco cree que el tesoro de allá es justamente plantar la palabra de Dios. Pero la conclusión que saca es la misma tanto para Colón cuanto para sí mismo: Japón es un país que todo toma y nada da.

Ya en Roma, son ignorados casi por completo, pues los jesuitas se habían adelantado a su llegada. Apenas el cardenal Borghese acepta recibir a Velasco, ocasión en la cual se desarrolla uno de los diálogos más ricos e importantes de la obra. Al conversar con el cardenal Borghese, que se muestra gentil y caritativo, el franciscano advierte pronto que es un político astuto y que buscaba convencerlo de que no tenía sentido enviar más misioneros a Japón a causa de la persecución.

Sin embargo Velasco argumenta que la muerte de un mártir, como fue la muerte de los apóstoles, da semillas para más fieles perseverar en la fe, «la sangre de los mártires es la semilla de la iglesia», conforme decía Tertuliano. Pero el cardenal prosigue con una razón puramente burocrática: la Iglesia es una organización enorme y que necesita mantener toda una estructura para que los fieles de las naciones cristianas continúen siendo cristianos.

Pero Velasco insiste: los fieles japoneses son, según él, como la oveja perdida de la parábola de Jesús; y cuando el cardenal replica que no vale la pena ir tras la oveja perdida si con ello se expone al resto del rebaño, Velasco responde que esas fueron las mismas palabras del sumo sacerdote Caifás cuando sacrificó a Jesús para

proteger al pueblo judío, amparándose en la necesidad de «proteger el orden y la seguridad».

Con eso, Velasco irritó al cardenal, haciéndolo sentirse callado. Él no tiene como negar: Velasco está cierto y él no podrá concordar con Caifás, pero Borghese dice que, a pesar de que eso representa una fuente de angustia para él, así como el Clero lo hace ahora, Caifás dirigía una organización y Jesús no, y aquellos que tienen una organización deben sacrificar al individuo en pro del grupo, así como Pedro sacrificó a Esteban para preservar la Iglesia primitiva. Estupefacto ante esas palabras, Velasco pregunta si era de ese modo como se resolvían las cosas en el Vaticano.

El cardenal dice que no sabe, pero también dice que él tendría, en este caso, que actuar como Caifás y abandonar a los japoneses incluso con tristeza y remordimiento en el corazón, debiendo soportar ese sufrido fardo. El cardenal incluso llega a admitir que eso va contra las enseñanzas de amor que el propio Jesús predicó. Cada vez más desesperado, Velasco pregunta si el Vaticano no sería una organización que no se comporta solo como un país, sino también como una organización al servicio del amor, capaz de trascender las limitaciones de la política. El cardenal entonces le responde también con una pregunta: «Hijo mío, ¿creéis que podéis vencer el mundo real... apenas con amor?».³

Velasco responde que Jesús fue un hombre de amor, pero Borghese prontamente le recuerda que Él, por causa de su amor, fue asesinado por un mundo de política. El conflicto entre Velasco y Borghese es mejor ilustrado por las palabras de Oswald Spengler cuando contrasta respectivamente la religión con la historia:

Pero cuando Jesús fue conducido a presencia de Pilatos, el mundo de los hechos y el mundo de las verdades se enfrentaron sin remedio ni avenencia posibles, con tan terrible claridad y gravedad simbólica, que ninguna otra escena de la historia universal es más impresio-nante. La

3. Endo, *The Samurai*, p. 194.

discrepancia esencial que ya existe en el principio y raíz de toda vida en movimiento, sólo por serlo, sólo por ser existencia y conciencia, recibe aquí la forma más alta imaginable de la tragedia humana. En la famosa pregunta del procurador romano: ¿qué es la verdad?-única frase del Nuevo Testamento que tiene «raza»-está encerrado el sentido todo de la historia, la exclusividad de los hechos, la preeminencia del Estado, el valor de la sangre, de la guerra, la omnipotencia del éxito, el orgullo de un destino grande. A esto no contestó la boca de Jesús; pero su silencioso sentimiento replicó con la otra pregunta, con la pregunta decisiva de toda religiosidad: ¿qué es la realidad? Para Pilatos la realidad lo era todo; para Jesús, nada. No puede ser otra la contraposición de la religiosidad a la historia y sus potencias. La religión no puede juzgar de otro modo la vida activa y, si lo hace, es que ha dejado ya de ser religión y ha caído en el espíritu de la historia.⁴

Al cerrar la conversación, el cardenal italiano expone las razones políticas del Vaticano para abandonar el esfuerzo japonés: como organización, está obligado a oponerse políticamente a las naciones protestantes en favor de las católicas. Holandeses e ingleses están logrando lo que buscan en Japón, y el trabajo misionero intimidaría aún más al shogun, cuya ira, sumada a la de Holanda e Inglaterra, amenazaría a las naciones católicas de Portugal y España.

La recomendación papal es que las monarquías ibéricas se retiren, por ahora, para observar la situación. «el hombre de Amor fue asesinado en el mundo de política por causa de su amor» le recuerda él a Velasco con las últimas palabras que el cardenal tenía que decir sobre Jesús. Él termina diciendo que

4. Oswald Spengler, *La decadencia de Occidente: Bosquejo de una morfología de la historia universal* (Madrid, 1958), III, pp. 306-307.

rezará por él y por Japón, cuando Velasco deja los aposentos sin saber qué aquel hombre realmente pensaba.

En vez de mostrar la reacción de los emisarios al fin de las esperanzas, el libro en la próxima escena nos demuestra sus acciones: Los tres japoneses y Velasco acuden a una bendición solemne del papa Paulo V y, logrando acercarse a él, le imploran que los atienda. El papa se llena de compasión, para momentáneamente el cortejo y, al mirar a los asiáticos, demuestra querer escucharlos. Pero él no entiende su lengua. Velasco, el único allí que podría interceder, piensa para consigo que nadie en el Vaticano comprende la tristeza de los japoneses y la de él mismo al luchar por Japón.

Movido por un sentimiento de venganza dirigido más a los clérigos que a los japoneses, Velasco no ayuda al papa a entenderlos, por lo que Su Santidad prosigue el cortejo. No obstante, más tarde ese mismo día, el cardenal Borghese llamaría a Velasco para hablar, probablemente para reprenderle la conducta de los emisarios. Sin embargo, el cardenal dice que la razón no fue aquella, sino muy por el contrario, ya que el Papa se llenó de compasión por aquellos japoneses cuando Borghese le explicó sobre la situación. En realidad, lo llamó para entregarle una carta del virrey de las Filipinas, en la que se dice que Japón ya está expulsando monjes y misioneros y que Velasco y sus emisarios deben perder, tras ello, toda esperanza. No hay más claridad que esto: El Vaticano no más alentará a España o Portugal en los esfuerzos misioneros en Japón.

Pero luego al ser dispensado, Velasco deja unas palabras escaparse. «Ellos se matarán... Cuando oigan esa noticia... ellos no tendrán alternativa si no morir». Cuando el cardenal le advierte que eso está vedado a los cristianos, Velasco le explica que ellos fueron criados así toda su vida y que no vivirán con el orgullo y la honra heridos: tal es el camino del guerrero samurái. Como última petición, casi a modo de premio de consolación, Velasco ruega, con lágrimas en los ojos, que el papa les conceda una

audiencia. El pedido es concedido pero, incluso al encontrarse con el emperador de los cristianos, aún era inútil.

Los japoneses, al conocer a la más alta autoridad del mundo —siendo ellos samuráis rurales que ni siquiera habían visto al shogun—, en otro contexto habrían quedado extasiados, pero ahora solo les quedaba la resignación ante aquel consuelo. Velasco hace entonces que Tanaka lea la carta que su señor feudal dirigió al Papa, en la que afirma haberse convertido al cristianismo y promete ayudar en la cristianización y en la construcción de catedrales; sin embargo, nadie salvo los japoneses y Velasco comprende lo que se dice en japonés.

Hasekura siente una voluntad inmensa de impedir a Tanaka de continuar leyendo tales palabras inútiles, pero nada hace. En cuanto Velasco empieza a traducir la carta, el Papa se levanta rompiendo el protocolo, con el rostro lleno de tristeza y de compasión por los asiáticos. Él va para frente de cada uno de los emisarios y dice que prometerá rezar, en cada misa celebrada por él, por cada uno de ellos y por Japón. Por último, el Papa dice aún que cree que Dios no abandonará Japón, antes de desaparecer en una cámara contigua. Termina entonces la audiencia y el capítulo, así como la estancia de ellos en el Viejo Continente.

DE VUELTA AL NUEVO MUNDO

El retorno de la misión japonesa a las naciones católicas es narrado en el capítulo noveno al ser iniciado por el diario de Velasco. Con la visita al papa, incluso sin haber dado a los emisarios el éxito que anhelaban, el franciscano al menos había impedido el suicidio de ellos. Según el diario, el Secretario del Cardenal Borghese dio a los tres emisarios la ciudadanía romana, pero, ya que ninguno de ellos retornaría cualquier día a Italia, aquellos papeles eran inútiles. Además, ellos no pudieron retornar a Madrid y fueron directo a Sevilla. Velasco, que había hecho un acuerdo al llevar a los japoneses a Roma, sería forzado a trabajar en un monasterio en la

Nueva España o en Manila y a no más retornar a Japón, en aquello que representaba una gran derrota para sí, ya que antes creía ser portador de una misión divina para la evangelización de aquel país.

En el navío, Nishi (que no permaneció en España, como visionaba) continúa entusiasmado y Tanaka, por alguna razón, ahora está de buen humor y no más orgulloso. Los japoneses ya están de mejor humor que Velasco por la perspectiva de retornar a casa. Sin embargo, cuando reza la misa, ninguno de los japoneses acude desde que hablaron con el Papa, salvo el sirviente de Hasekura, Yozo, que permanece con timidez y se marcha en cuanto recibe la comunión. La extrema sumisión de Yozo es lo que lleva a Velasco a creer que no se desdirá de su palabra, ni siquiera en el bautismo, a diferencia de los demás.

Ellos retornan a la Nueva España al hacer la jornada inversa de la cual hicieron en la ida. Cuando Velasco escribe a su superior en la Ciudad de México, dice para proveer un navío hasta Manila para él llevar a los japoneses de vuelta. Él los acompañaría hasta Manila y quedaría allá para el resto de la vida. Al escribir esto, sintió por fin paz y que ya no le ataba apego alguno a Japón. Sin embargo, le vienen recuerdos de cómo nació su obsesión con Japón. Cuando se ordenó debía haber ido a la Nueva España, pero no quiso evangelizar una tierra de indígenas pacíficos y dóciles: por su carácter, prefería con mucho la tierra de la persecución a los cristianos. Recordando cómo entró a Japón, cuenta sus primeras impresiones:

Aprendí el idioma japonés de esos cristianos japoneses y, gracias a ellos, descubrí cómo era el pueblo japonés. Según mis observaciones, la mente japonesa funcionaba considerablemente más rápido que la de cualquier otra raza, y estaban dotados de una gran curiosidad y un gran deseo de conocimiento. Poseían un sentido del orgullo y el decoro más fuerte que incluso los españoles. Me

maravillaba que un pueblo así hubiera podido vivir tanto tiempo sin conocer la gracia de Dios.⁵

Este último asombro de Velasco no es exclusivo de los ibéricos o incluso de los católicos, sino probablemente de toda civilización que tuvo contacto con Japón y lo contrastó con su propio principio absoluto. Una vez en Veracruz, en la Nueva España, mientras rezaba para que fuera hecha la voluntad de Dios, Hasekura avisa a Velasco que, como previó antes, Tanaka Tarozaemon había quitado la propia vida. El suicidio de Tanaka ahonda todavía más la reflexión interior y la crisis existencial que atravesaba el padre franciscano. Al contemplar el rostro apacible del samurái muerto, Velasco piensa que aquella paz llegada con la muerte le dio una serenidad que Jesús jamás le daría.

Velasco hace una plegaria para los muertos para Tanaka y no deja a sus sirvientes colocar a su lado un ídolo budista, diciendo que Tanaka era cristiano. Él sabía que esa plegaria no podía ser ofrecida a suicidas, pero la hizo incluso así. Aun así, los japoneses velaron a Tanaka según el rito budista, y él los acompañó: al parecer, Velasco ponía en duda su propia fe. Ellos lo entierran en un cementerio indígena.

Tras enterrar a Tanaka, el comandante español de la fortaleza de San Juan de Ulúa mantiene con él un breve diálogo, comparando una vez más a los japoneses con los indígenas. Según él, «cuanto más inferiores son las personas, más quieren matarse». Velasco intenta explicarle que los japoneses tienen por virtud morir antes que vivir con vergüenza, y que Tanaka al menos no habría podido cumplir su misión como embajador si seguía con vida. El comandante dice no comprenderlo, pero para él una cosa estaba clara: Velasco restaba importancia al suicidio, un acto terminantemente prohibido por la Iglesia. Sin embargo, el padre, aun sabiendo que el suicidio es un pecado mortal, se niega a creer

5. Endo, *The Samurai*, p. 210.

que Dios abandonará a aquel hombre. En su monólogo, Velasco dice:

Mi único objetivo al emprender este viaje era convertir a Japón en una nación del Señor. Sin embargo, ¿no se ocultaban tras ese objetivo elementos de una conveniente autojustificación y una sed egoísta de conquista? [...] ¿No albergaba en mi corazón la ambición de convertirme algún día en obispo de Japón y de dirigir la Iglesia de allí con mis propias manos? ¿Acaso el Señor discernió los sentimientos de mi corazón y me castigó por ellos?⁶

La auto-reflexión de Velasco continúa, y sus propias palabras transcritas son mejores que cualquier descripción que pueda hacerse:

Pero tengo un bautismo de muerte con el que ser bautizado; ¡y cuánto me duele hasta que se cumpla!». Hay misiones en esta vida que solo se cumplen a través de la muerte. El suicidio de Tanaka Tarozaemon me ha enseñado eso. Sin embargo, en un aspecto, la muerte de Tanaka y la del Señor son claramente diferentes. El japonés se quitó la vida para expiar su incapacidad de cumplir su misión como enviado. Pero el Señor aceptó la muerte «para interceder por muchos».⁷

Tras tal monólogo, al confrontar finalmente el sacrificio de Jesucristo con el de Tanaka, Velasco tomaría la decisión más importante de su vida, la decisión más cristiana que podría tomar. Entramos luego en el otro punto culminante de este importante, aunque breve, capítulo: el reencuentro de los samuráis sobrevivientes, Hasekura y Nishi, con el monje japonés renegado

6. Endo, *The Samurai*, p. 214.

7. Endo, *The Samurai*, p. 215.

en la aldea de Tecali. Según Nishi, al recordar a su compatriota, ahora comprende por qué no puede regresar a Japón: tras ver la vastedad del mundo, Japón se vuelve asfixiante. El exmonje los recibe calurosamente, a pesar de estar enfermo y con dolores en el pecho. A lo largo de la conversación, revelan que se han convertido al cristianismo, aunque no lo hicieron sinceramente.

Al escuchar esto, el monje renegado les pregunta si todavía en realidad no creen en el cristianismo, ocasión en la que Hasekura lo niega. Además de negarlo, también le pregunta cómo consigue creer en un hombre de apariencia tan frágil y «miserable» como Jesús. La respuesta del monje va en la línea de lo que había dicho antes: que precisamente porque Jesús es miserable y vivió una vida entre los débiles y pobres, es reconocido y buscado por todos al haber muerto como ellos. Dice que Jesús buscaba a las personas que sufrían para cuidar de sus dolores —no a los ricos, poderosos y orgullosos, como decía que eran los sacerdotes y obispos—. Él había visto, en el pasado, las mismas catedrales y mansiones suntuosas que los emisarios vieron en Europa, pero creía que Jesús estaba más entre las aldeas indígenas que en aquellos bellos y opulentos lugares.

Aun así, Hasekura insiste diciendo que no lo comprende. Pero el monje dice que un día lo comprenderá, pero no solo eso, sino que cree que es imposible que viva sin Jesús porque, en cualquier lugar del mundo, hay personas que sufren: que anhelan que alguien lamente sus dolores junto con ellas y, así como ellos mismos fueron testigos del mismo sufrimiento en varios lugares diferentes del mundo, también buscarían a Jesús para que aliviara sus cargas. Aunque sin comprenderlo, se despiden de aquel monje moribundo para no volver a verlo nunca más.

El noveno capítulo se cierra cuando Velasco, en la Ciudad de México, recibe una carta de Manila detallando más sobre la persecución a los cristianos en Japón, comprendiendo que esta comenzó cuando ellos estaban saliendo de Nueva España hacia La Habana en dirección a Europa. A pesar de haber aceptado su

nuevo futuro, Velasco pide constantemente a Dios que le muestre su camino y qué desea Dios para él, para que se haga Su voluntad.

EL RETORNO AL CHARCO

El décimo y último capítulo, uno de los más extensos, es aquel en el que todos los protagonistas regresan al comienzo, donde se produce la conclusión tanto externa como interna del conflicto de cada uno con todo el viaje y con el cristianismo. Tras un viaje de cuatro años en total, de los cuales pasaron casi uno entero en Luzón, Hasekura, Nishi y sus sirvientes regresan a Japón. Sin embargo, al regresar, descubren que las cartas que enviaron jamás llegaron a sus destinatarios y que ningún señor feudal esperaba siquiera su retorno.

Según supieron pronto, al llegar a un templo budista, mientras salían de Roma hubo una batalla en Osaka en la que los Tokugawa destruyeron por completo al clan Toyotomi, asegurando el control total del clan anticristiano sobre Japón. Lord Ishikawa había muerto en la batalla y también fue en esa época cuando Matsuki y los mercaderes llegaron a Nagasaki vía Luzón. Dijeron que Matsuki había llegado a inspector adjunto, una distinción para alguien de su rango. Era posible, después de todo, que Matsuki siempre hubiera sido un espía del Consejo. Hasekura y Nishi querían saber acerca de la prohibición del cristianismo y si Shiraishi conservaba poder en el Consejo, pero se abstuvieron de preguntar, y los monjes del templo budista tampoco se lo dijeron.

Pronto fueron recibidos por oficiales y estos, ordenados por sus superiores, les impusieron diversas restricciones que, según ellos, habían sido impuestas tanto a los marineros como a los mercaderes. Permaneciendo prácticamente presos, fueron visitados pocos días después por Lord Tsumura, uno de los miembros de la facción de Ayugai en el Consejo, quien curiosamente vino acompañado del propio Matsuki Chusaku. Este daimio los interroga, más interesado en la aplicación de los

decretos anticristianos que en el regreso de unos emisarios supuestamente investidos de una gran misión: quería saber si había un misionero cristiano clandestino entre ellos al regresar, además de preguntar acerca de Velasco.

Tras negar ellos todo esto, Tsumura entonces aclara la nueva posición del Consejo de Ancianos: los japoneses ya no quieren solo el comercio con Nueva España, sino ni siquiera con ninguna otra nación extranjera, ni buscan recibir más ningún barco proveniente del exterior, en consonancia con lo que fue en efecto el aislacionismo del período Edo. Era una declaración muy clara para los dos que regresaban: todo el viaje había sido en vano y ya no servían de nada. La facción de su antiguo señor había sido derrotada y ellos cargarían con las consecuencias, que serían aún peores si las autoridades descubrieran que todavía eran cristianos.

Y eso es precisamente lo que ocurre. El disciplinado Hasekura logra contener sus emociones, pero el joven, inmaduro y emotivo Nishi estalla a propósito de la conversión. Esto llama la atención del Lord y de Matsuki, mientras Hasekura, que también admite haberse convertido, dice que fue de la misma forma que los mercaderes y que no se convirtió sinceramente, afirmando que lo hizo por la propia misión. A partir de ahí, independientemente de las razones dadas por ellos, la actitud de todos cambia respecto a los anspeçadas. Los someten a varios interrogatorios y trámites burocráticos, entre ellos el de firmar por escrito una abjuración del cristianismo.

Algo le decía a Hasekura que esto les ocurriría desde el momento en que partieron de viaje; Nishi, por su parte, dice que Japón es oscuro en comparación con España y que, mientras sigan allí, no escaparán de esa oscuridad. Vieron cosas que no deberían haber visto. Una vez en el Consejo de Ancianos, no son recibidos por ningún lord anciano, sino por oficiales. En esto, los oficiales escucharon lo que tenían que decir y no les dieron ninguna señal de gratitud ni nada por el estilo.

Hasekura pregunta por Ishida y Shiraishi, pero sin respuestas satisfactorias al respecto. Por fin, lo dispuesto es que Hasekura no

podrá volver a ver ni a tratar con Nishi por haberse convertido al cristianismo, pues a los cristianos les estaba prohibido confraternizar fuera cual fuese el motivo. Sin embargo, lo único que podían hacer era volver a casa, como si el consejo quisiera deshacerse de ellos en el más absoluto silencio.

Sigilosamente, Matsuki los visita de noche para despedirse y les aconseja que, a partir de entonces, actúen como si el viaje no hubiera ocurrido nunca. Nishi se niega con vehemencia, afirmando que no puede hacerlo; Matsuki le advierte entonces que sea cuidadoso con su lengua y le recuerda cómo, durante el viaje, habló de la guerra de facciones dentro del Consejo. Y fue exactamente como Matsuki había dicho que ocurriría: la facción de Lord Shiraishi perdió ante la de Lord Ayugai, quien pasó a comandar el feudo. Shiraishi ya no está en el Consejo.

De esta forma, están eliminando todo lo que simbolizaba las políticas de Shiraishi y de su facción, lo que incluye a los dos emisarios. Matsuki entonces confirma lo que había dicho el padre Valente: los samuráis no eran emisarios, sino meros señuelos; el Consejo quería usar las tierras del nordeste no para comerciar con la Nueva España, sino para averiguar cómo construir y gobernar los grandes barcos y estudiar las rutas que recorren, y por eso infiltró marineros japoneses entre los mercaderes. Nunca, jamás, pensaron en traer misioneros a Japón, todo se trataba de un ardil. Los samuráis y los mercaderes fueron señuelos para calmar las sospechas de los extranjeros; por eso no nombraron a personas de alto rango para esa responsabilidad, y por eso se vieron ellos implicados.

En la política actual, el shogun no quiere que ningún feudo prospere de forma señalada, por lo que expulsó a Shiraishi del Consejo y le redujo las tierras. Matsuki siempre justifica lo que dice con «esas son las nobles maneras del gobierno» y «en eso consiste el gobierno», en un clarísimo paralelismo con la política de las «organizaciones» que Velasco enfrentó en España y en la Ciudad Eterna. En un momento incluso dice: «Gobernar es tan duro como una batalla. No se pueden librar guerras si un general

tiene que preocuparse por los problemas personales de sus soldados rasos». ⁸ Cualquier que sea el país, bañado por cualquier océano, el mundo de la política siempre abandonará, en detrimento del amor, a la oveja perdida en pro del resto del rebaño.

Pero, para Hasekura, Su Señoría, su señor feudal Lord Ishida, no era impotente como aquel hombre crucificado que veía en cada uno de los lugares de su viaje. Él podía hacer algo, velaría por los soldados. Entonces Hasekura decide preguntar si Su Señoría estaría de acuerdo con aquello, si pensaba lo mismo. Pero solo recibe una respuesta fría de Matsuki: «Su Señoría es el gobierno». ⁹ Hasekura se despide entonces de Nishi, a quien no volverá a ver. Las últimas palabras de Nishi son: «El mundo es muy grande, pero ya no puedo creer en las personas». ¹⁰ A decir verdad, debería haberse quedado en España. Nunca llegamos a tener el punto de vista completo de Nishi, pero todo indica que su curiosidad se tradujo en aprendizaje, al menos más rápido que en el caso del protagonista.

Hasekura regresa entonces al charco y a su familia. Había enviado a Yozo a hablar con Lord Ishida, pero este se limita a responder que lo llamaría en el momento oportuno. Por lo visto, ni siquiera su señor quería ya tener trato con los Hasekura. En retrospectiva de todo su viaje, el samurái piensa que

De hecho, a ambos hombres los habían enviado al mundo sin saber ni darse cuenta de nada. Edo había intentado servirse del dominio, el dominio había intentado aprovecharse de Velasco, Velasco había intentado engañar al dominio, los jesuitas habían librado encarnizadas disputas con los franciscanos... y, en medio de todo ese

8. Endo, *The Samurai*, p. 237.

9. Endo, *The Samurai*, p. 237.

10. Endo, *The Samurai*, p. 63.

engaño y esas disputas, ambos hombres habían seguido adelante con su largo viaje.¹¹

Es decir, en todos los lugares del mundo y en todo el tiempo de la historia, uno intentaba usar y engañar al otro mientras ellos eran meros espectadores pero incluso ellos mismos usaron a Jesús para buscar lo que querían. En otoño, un mensajero de Ishida le pide a Hasekura que vaya a verlo en secreto, porque tenían mucho que tratar. Una vez allí, Ishida es el único que se alegra de ver a Hasekura y le dice que, por desgracia, jamás podrá recuperar las tierras de Kurokawa, pero que, irónicamente, debe agradecerlo sin protestar: la familia de quien se convirtió al cristianismo, aunque solo fuera un instante y por interés «de Estado», bien podría haber sido perseguida y exterminada, cosa que a él no le ocurrió.

Ishida entonces advierte que dos samuráis mucho más distinguidos jerárquicamente que los Hasekura tuvieron sus tierras confiscadas por ser cristianos y que él, a partir de ahora, debería vivir discretamente —es decir, no dejar surgir ninguna sospecha de que es cristiano—. En este punto, la narración del libro, al elucidar que nadie en Japón siquiera tenía curiosidad por las tierras que visitaron, demuestra que Japón estaba asumiendo efectivamente una postura aislacionista. Al llegar a casa, Hasekura arrojó de inmediato al fuego todos los objetos que había traído del viaje —sobre todo cartas de monjes— y cualquier cosa que pudiera evocar el cristianismo. Mirando el hogar de su casa, mientras contempla arder los papeles y soporta un dolor que probablemente solo Nishi conocería, encuentra algo.

Había encontrado algo que cambiaría completamente su reflexión sobre el cristianismo, trayendo la introspección más importante de toda su jornada. Hasekura encontró el fajo de papel arrugado que le dio el monje renegado de Tecali, en el cual había escrito su propia versión de la vida de Jesucristo. Hasekura recuerda entonces a Jesús. Pero, por primera vez, no siente

11. Endo, *The Samurai*, p. 238.

incomodidad, desprecio ni ira, sino que se identifica con él y recuerda que lo vio durante todo su viaje, como si Jesús hubiera estado siempre a su lado. Y ahora, en aquel silencio cortante y doloroso, estaba con él más que nunca. Las palabras del monje e incluso las de Velasco sobre aquel hombre también inundaban su mente. En las palabras escritas, el monje japonés de Nueva España resaltaba el aspecto de la compasión hacia los pobres y sufridos de este mundo que Jesús nutrió cuando estuvo en vida. Al leerla, Hasekura comprende finalmente que su charco no era muy diferente del de Tecali, y que él mismo no era diferente de aquel hombre. Nunca sabremos si Hasekura quemó o no aquel fajo de papel.

El invierno regresaba, tal como había llegado al comienzo del libro —después de todo, simboliza de hecho la tragedia de los samuráis, solo que ahora no era el invierno del pasado de los Hasekura, sino el de su presente—. Yozo, aquel sirviente veterano y leal que lo había acompañado durante todo el trayecto y soportado los mismos dolores que él, acudía en silencio a las tareas del campo junto a su señor. No hablaban mucho, ni siquiera sobre su viaje —la comprensión entre ellos no necesitaba palabras—. Dos cisnes regresan al charco, simbolizándolos a ellos dos. Hasekura dice que aquellos pájaros también habrán cruzado el océano y visto muchos países. Yozo comprendió todo inmediatamente y asintió. Era todo lo que hablarían sobre el viaje. El propio samurái veía a Jesús en Yozo: alguien que soportaba todos los dolores sin quejarse, pero que siempre estaba junto a quien lo necesitara para consolarlo en silencio y ayudarlo a sobrellevar sus propias penas, tal como decían las palabras escritas por el monje renegado. Lo había comprendido.

Hasekura tiene entonces un monólogo que contrasta, una vez más y por última, la religión con la política: Ahora que ha aprendido sobre el gobierno de Japón, finalmente comprende por qué en todas las casas de Occidente había una imagen de Jesús: para recordar a todos, incluso a los poderosos, que existe alguien que nunca los traicionará, que nunca los abandonará, como un

recordatorio para que aquellos hombres de la política no fueran malos y para que sus víctimas no se desearan. Pasa a vivir más la versión del japonés de Tecali que la de Velasco. Para él, Jesús tuvo que rebajarse para ponerse del lado de los que sufren y servirles. Tras pensar todo esto, aún junto al lago de los cisnes, rompe el silencio y le pregunta a Yozo si cree en el cristianismo. Yozo se limita a decir que sí. El samurái le responde que no se lo diga a nadie. Eso fue todo.

En su fuero interno, Hasekura concluye que, pese a haber recorrido el mundo entero, todas las intrigas y todas las discordias, ya en Japón, ya en Occidente, eran las mismas. Lo que presencié fue el «karma desesperado del hombre»; pero, por encima de ese karma, siempre estaba la figura de Jesús. Solo él era necesario para soportarlo. Recuerda las últimas palabras escritas por el japonés de Tecali: «Lloramos en el valle de lágrimas y clamamos a vos». Al término de su reflexión, comprende que el propio charco en que vivían no se diferenciaba del resto del mundo, que el charco era el mundo, y que solo al abandonarlo para finalmente regresar lo descubrió. Quiso comunicarle su conclusión a Yozo —que el charco era el mundo, que el charco eran ellos mismos, los seres humanos—, pero no halló palabras para expresar tales sentimientos. Porque, al fin y al cabo, no las necesitaba.

EL MARTIRIO

Tras toda esta introspección, sin embargo, nos sorprende una noticia inesperada. La decisión que Velasco había tomado tras el suicidio de Tanaka había cuajado: no aceptó su destino en el monasterio de Filipinas y se dirigía clandestinamente a Japón. Mientras contemplamos la espiritualidad «tibia» del japonés Hasekura, que apenas se revela a duras penas tras una larga conclusión, el autor nos ofrece el contraste de Velasco, con una fe de ardor y pulsión genuinamente occidentales.

Velasco no es el Padre Rodrigues, que aprende junto a los japoneses la manera de ellos de ejercitar la fe, sino que va hasta el

amargo final al modo de la cristiandad caballeresca ibérica. Velasco está seguro de que comete un acto temerario pero, aunque no sabe qué pensaría Dios de ello, confía en que Él le dará la respuesta debida precisamente por haberlo hecho. El franciscano quería dar la vida por sus hermanos, sí, pero sus hermanos no eran los monjes del monasterio de Manila, sino los cristianos japoneses. No abandonaría, como lo hicieron el Rey de España y el Papa, a la oveja perdida.

En especial, Velasco tomó aquella decisión pensando en el cristiano nipón que confesó en Ogatsu. «Pronto llegará el día en que nadie más se reirá de su creencia», le había dicho al hombre. Pero mintió, porque ese día jamás llegó. Aquel hombre era la razón por la que Velasco no podía desistir, la razón por la que no podía abandonar Japón. Jamás olvidaría a aquel hombre y por eso no podía continuar como monje. Por primera vez, Velasco no obra movido por su propia naturaleza ni por su ambición, sino única y exclusivamente en favor de los demás, aunque todavía se sentía atraído por aquella tierra precisamente por su esterilidad para el cristianismo y por la persecución, por la obstinación de Japón en negar al Señor.

Debía subyugar a Japón ya no para sí mismo, sino para Dios. El padre entonces se compara una vez más con San Pablo, que también hizo un viaje en barco sabiendo que sería martirizado. Dice que siempre se identificó con Pablo tanto por su personalidad como por su postura ante los apóstoles, de quienes Pablo discrepó. Incluso nota que los defectos de Pablo eran los mismos que los suyos. Sin embargo, Velasco es pronto capturado: cuando administra la extremaunción a un anciano, los japoneses descubren que es misionero. Queda preso junto a los cristianos japoneses, siendo transferido e investigado por las autoridades niponas.

Apresado junto a un fraile dominico y un monje japonés, Velasco descubre que todavía hay misioneros que ejercen su ministerio clandestinamente en Japón, y también que las autoridades pagan a quienes delatan a los misioneros y castigan

con dureza, incluso con crueles torturas, a quienes los acogen y ayudan. Los japoneses queman los cuerpos de misioneros y cristianos y arrojan las cenizas al mar para que no queden en la memoria ni reste rastro alguno de ellos.

En un monólogo, Velasco dice que luchó y fue derrotado por Japón, pero sostiene que, aun habiendo perdido en el mundo político, vencerá en el espiritual, como lo hizo Jesús. Su muerte será solo una más junto a los mártires que vinieron y vendrán. Los mártires que, así como él, no abandonarán a los japoneses en espíritu a pesar de la renuencia de los católicos del mundo de la política. Velasco reza por Hasekura y por Nishi, además de también por el fallecido Tanaka. En su interior siente remordimiento por haberlos manipulado, pero también se consuela porque, pese a haberlos convertido para servirse de ellos, está convencido de que Dios no abandona a quienes entran en contacto con Él.

Velasco es llevado hasta Nagasaki, donde niega la oferta de apostasía. Los oficiales le preguntan sobre Hasekura Rokuemon y sobre Nishi Kyusuke, sobre si se convirtieron verdaderamente al cristianismo. Velasco responde que lo hicieron solo por el bien de la misión que les fue confiada, pero cuando le preguntan si son o no cristianos, no dice ni una palabra. En su diálogo con el funcionario que lo interroga, para quien las acciones de Velasco son una locura, este responde que la prueba está en la propia incomprensión del funcionario: si sus actos siquiera siembran esa duda en los japoneses, habrá cumplido aquello a lo que vino.

Hasekura, por su parte, sufre represalias cada vez mayores: queda confinado prácticamente en arresto domiciliario, sin poder abandonar su charco bajo ninguna circunstancia. Las autoridades japonesas alegan, incluso, que esto es misericordia. Sin embargo, uno de los oficiales lo llama aparte y le dice que había un mensaje confidencial de Matsuki. En el mensaje está escrito que el castigo a Hasekura fue severo porque Velasco fue capturado en Satsuma y está preso en Nagasaki. También dice que Velasco rechazó apostatar. Era evidente: Hasekura tenía la certeza absoluta de que

un hombre orgulloso como Velasco nunca apostataría; pero jamás sabría que el padre ya no se negaba por orgullo.

En el Año Nuevo, que el samurái tuvo que celebrar a solas con su familia más cercana, su hijo mayor, que había pasado por el rito de iniciación a la edad adulta, disparó a un cisne blanco migratorio, con el que Hasekura se identificaba. Hasekura entonces reprende a su hijo por haber hecho aquello, pero al mirar al pájaro muerto se acuerda de Jesús. Cae en la cuenta de que recorrió el mundo entero para ver al Rey de España, pero nunca lo encontró: solo se topó con aquel hombre muerto en una cruz.

Aquí, precisamente en esta escena, se demuestra el nombre provisional que Endo había elegido antes para la novela: «El hombre que se encontró con un Rey». Tanto el Hasekura real como el del libro se encontraron con reyes y papas (en el libro, solo con el papa), pero esos encuentros resultaron inútiles en lo político. Solo cuando se encontró con el Rey de los Reyes, es decir, Jesucristo, sus dolores fueron soportables —porque tal encuentro jamás sería inútil espiritualmente—.

Ya en uno de los últimos actos de la historia, el tío de Hasekura muere por fin, lo que simboliza el fin total del pasado del samurái e, indirectamente, de sus lazos con el colectivismo de Japón. Tras la muerte del tío, Ishida se sirve de ello como excusa para convocar a Hasekura a su palacio, adonde este acude junto a Yozo. Ishida dice que Edo está buscando pretextos para invadir sus dominios y por eso trataron a Hasekura (y probablemente a Nishi) de aquella forma, además de mencionar las actitudes antiguas del feudo de haber acogido a cristianos fugitivos y de haber preparado el viaje a Nueva España y Europa mediante Velasco.

Por lo tanto, el tratamiento dado a Hasekura (considerado, incluso, bastante benigno por el hecho de que aún estuviera vivo) fue una justificación al gobierno japonés. Sin embargo, en un tono apresurado y pesado, Ishida proclama a su vasallo que hará todo lo posible para que la familia de Hasekura no sea exterminada y... que también hará todo lo posible para cuidar de

sus hijos. Todo se vuelve demasiado claro y, aunque Ishida insiste en que son órdenes del Consejo, los oficiales ya flanquean al samurái para llevárselo de allí para siempre.

Y entonces, por primera vez, Hasekura se separa de Yozo; pero este, el único cristiano japonés que queda de la comitiva, le recuerda que, de allí en adelante, solo Jesús estaría a su lado y solo Él cuidaría de él. Es la última vez que Hasekura aparece en la historia, y en esa frase está la prueba de su conversión: Jesús estuvo con él desde el principio, fue la razón de su viaje (el intento de evangelización de Japón), y de cada paso que dio en él —y sería también la razón de su muerte—. Jesús era y siempre había sido su destino. Pero ahora solo Jesús estaría a su lado, única y exclusivamente, porque al final de aquel día contemplaría el Paraíso.

Entonces se marca la ejecución de Velasco y de su restante compañero de celda, un monje japonés llamado Luís Sasada, ya que el fraile dominico había muerto. En su testamento, Velasco dice que aguardará el martirio y también pide perdón por su personalidad y por haber herido tanto a los demás por su orgullo y su arrogancia. Piensa que ahora será castigado también por su personalidad fuerte además de sus pecados. Un día antes de su ejecución entra otro sacerdote a acompañarlos: el padre Carvalho (probablemente portugués), de la Compañía de Jesús.

Velasco sonríe entonces, pero no por rencor ni por ver a un jesuita en apuros, sino al contrario: sonríe al comprobar que no siente odio hacia la orden de sus antiguos enemigos. Su resentimiento hacia aquella orden era ya cosa del pasado; ahora ambos se alegraban del destino mortal que les aguardaba al día siguiente. Para consumir esa madurez, Velasco pidió a Carvalho que escuchara su confesión. Velasco enumera sus pecados: Su arrogancia y orgullo desviaron y hirieron a muchas personas.

Buscó satisfacer su propio orgullo tomando el nombre de Dios en vano. Confundió su propia voluntad con la voluntad de Dios. Hubo veces en que odió a Dios porque la voluntad de Él no estaba en consonancia con la suya. Llegó a negar a Dios porque Él

negó sus deseos. No tenía conciencia de su propio orgullo y deseo de conquista. Y, por último, se persuadió a sí mismo diciendo que todo era la voluntad de Dios. Cuando el jesuita lo absuelve de sus pecados, no lo hace solo *in persona Christi*: aquel hermoso gesto representó el perdón de los jesuitas a Velasco y el de Velasco a los jesuitas. Eran, en Cristo y en la muerte, hermanos.

Llega el día de la ejecución: Velasco, Carvalho y Luís Sasada deben ser quemados vivos uno junto a otro. Por última vez, se les pregunta si desean apostatar la fe en Jesucristo. Los dos misioneros lo niegan firmemente, y el japonés lo niega tras ellos. Sin embargo, justo antes de prender el fuego, el verdugo se acercó a Velasco y le confió una información: que Hasekura y Nishi ya habían sido ejecutados por cristianos. Aunque no sabía más, ni si aquello era cierto, Velasco sonrió extasiado y gritó al padre Carvalho que por fin podría reunirse con los japoneses que había conocido.

Si aquello no era verdad y se trataba acaso de una estratagema japonesa para perjudicar a los samuráis, resultaría de nuevo simbólico: Velasco moriría engañado por otra artimaña de los japoneses, dañando a aquellos a quienes amaba; pero sería precisamente esa artimaña, el ardid del país que tanto amó, lo que le diera consuelo y la mayor dicha en su muerte. Por fortuna, esa trágica poesía no llegó a darse, y el cuerpo de Velasco ardió con un jesuita a un lado y un cristiano japonés al otro, tan cristiano y tan japonés como aquellos hermanos suyos que murieron del mismo modo en otro lugar, convertidos por él.

CONCLUSIÓN

En su emocionante finalización, *Samurái* se revela como lo opuesto a *Silencio*, obra cuya mayor polémica se centró en la dualidad entre apostasía y martirio: mientras en *Silencio* el cristiano relativiza la apostasía para mantener su fe en Japón, en *Samurái* el martirio es la conclusión última y fatal que iguala a todos los cristianos, sea cual sea la calidad de la fe de cada uno. Si,

para Endo, el cristianismo se encuentra en la experiencia personal del fiel en vez de en la estructura burocrática eclesiástica, tanto el furor fidedigno de Velasco como la melancolía empática de Hasekura son igualmente dignos del Cielo.

Velasco no adapta la fe a la manera japonesa, sino que la vive conforme a su propio horizonte; Hasekura, en cambio, la descubre y la vive como japonés. Si en aquella obra el japonés — encarnado en Kichijiro — era un Judas Iscariote, en esta el japonés — Hasekura — es San Dimas, el buen ladrón que, en el último momento y junto a Jesús en la cruz, se convirtió y se salvó. En este punto, si la intención del autor en Silencio fue retratar al apóstata Rodrigues como un paralelo de Jesucristo, en *Samurái* consumó el paralelo mejor con Velasco.

Además, más allá de la intención principal del autor — la dimensión introspectiva del camino de la fe —, lo que hizo más aclamada a esta novela fue precisamente la aventura historiográfica que contiene. En efecto, Luís Sotelo, el franciscano de Sevilla que inspiró a Velasco, fue realmente un hombre que albergaba ambiciones de obispado en Japón y que murió martirizado en aquel país. Hasekura Rokuemon Tsunenaga, por su parte, de estirpe más noble que en el libro, probablemente tuvo una conversión más «occidental» que su contraparte de ficción, máxime cuando su familia también fue torturada y perseguida.

La visión japonesa de la Nueva España, entonces virreinato, es asimismo de gran valor, pues apenas tiene parangón en obra japonesa alguna sobre aquel período y aquella geografía. Pero, en la vida real, algunos personajes tuvieron seguramente un destino más feliz que en el relato. El curioso y ficticio Nishi Kyusuke bien pudo, como deseaba, haberse quedado en España, igual que los ancestros de quienes hoy, en ese país, llevan el apellido Japón,¹²

12. Abel G. M., «En este pueblo de Sevilla hay 1.400 personas que se apellidan Japón y se debe a una embajada del siglo XVII», *National Geographic Historia*, 06 de octubre de 2025, https://historia.nationalgeographic.com.es/a/pueblo-sevilla-hay-1400-personas-que-se-apellidan-japon-y-se-debe-a-embajada-siglo-xvii_24633.

descendientes de los japoneses de la comitiva de Hasekura que decidieron quedarse en Andalucía. Estos, y los otros miles de implicados en esta gran epopeya, demuestran que, más allá del legado ibérico en Japón —que motivó, de hecho, la escritura de esta novela—, también hubo un legado japonés en la Hispanidad.